

Corazón

Edmundo de Amicis

Octubre

Lunes 17. - Hoy ha sido el primer día de clase. Los tres meses de vacaciones, que al principio me parecían tan largos, se han esfumado. Esta mañana, mi madre me ha llevado a la sección Bareti para inscribirme en tercer curso.

Durante el camino me acordaba mucho del campo y me daba rabia tener que comenzar las clases de nuevo. Todas las calles próximas al colegio estaban llenas de niños acompañados de sus madres, comprando lápices, cuadernos, libros, etc. Al llegar a la puerta del colegio, alguien me dio un golpecito en el hombro. Me volví y vi a mi antiguo profesor de segundo, que me dijo sonriente: "¡Vaya, Enrique! ¿Conque nos separamos para siempre?." Sus palabras me impresionaron.

El vestíbulo del colegio estaba lleno de señoras, criadas, niños cargados de libros, y de él salía un ruido infernal. Sentí alegría al ver de nuevo la gran sala con las siete puertas, ante las cuales había pasado casi diariamente durante tres años.

Encontré a algunos de mis antiguos compañeros más gordos y más altos. Los pequeñines que por primera vez iban al colegio no querían entrar en las aulas y chillaban con fuerza, llamando a su mamá.

Mi hermano entró en la clase de la señorita Delcato y a mí me correspondió el profesor Perbono. Sólo unos quince muchachos eran antiguos compañeros míos en una clase de cincuenta y cuatro. Entre mis amigos de segundo estaba Deroso, el que siempre sacaba primer premio en todo.

Yo me acordaba del campo, y también de mi antiguo profesor, tan alegre y cariñoso; tan rubio y pequeño que casi parecía uno de nosotros. El señor Perbono es alto, con el pelo gris y una arruga recta en la frente. Nos mira a los ojos fijamente uno por uno, como si quisiera leer dentro de nosotros.

Yo pensaba: "¡Hoy el primer día! ¡Y quedan nueve meses!".

Martes 18. - Desde esta mañana me gusta el nuevo profesor. He visto cómo algunos de sus antiguos alumnos venían y le saludaban. Yo me daba cuenta de que le querían mucho y hubiese deseado seguir con él.

A primera hora nos comenzó a dictar, paseando entre los bancos. Uno de los chicos estaba colorado y tenía unos granitos en la cara; el profesor se paró y, levantándole la barbilla, le preguntó qué le pasaba. Entonces, un chico de atrás comenzó a hacer tonterías. Como si lo hubiera adivinado, el maestro se volvió y le vio.

Se acercó a él lentamente, le puso una mano sobre la cabeza y le dijo: "No vuelvas a hacerlo". Luego se sentó en su estrado y nos dirigió la palabra: "Escuchadme: hemos de pasar un año juntos, y lo que debemos hacer es estar lo mejor posible. Yo no tengo familia. Vosotros sois mi familia. El año pasado tenía a mi madre, pero se murió; ahora vosotros debéis quererme y respetarme, como yo os quiero. No me prometáis nada; sé que en el fondo del corazón lo habéis hecho ya".

Viernes 21.- Este año han empezado las clases con desgracia. Iba al colegio acompañado por mi padre, cuando vimos un gran tumulto a la puerta. La gente se apiñaba diciendo: "¡Pobre muchacho! ¡Pobre Roberto!".

Resulta que un niño pequeño iba a ser arrollado por un autobús cuando se escapó de la mano de su madre; otro chico lo vio y se lanzó valientemente en su auxilio, logrando empujarle para ponerle a salvo, pero él no anduvo lo bastante listo y le pasó una rueda del vehículo por encima del pie.

Mientras nos lo contaban entró una señora gritando y llorando: era la madre de Roberto. La madre del niño salvado la abrazó con fuerza. Poco después, el director salió de su despacho con Roberto en brazos y le metió en un coche que le condujo al hospital. Las madres sollozaban, emocionadas ante el magnífico gesto del muchacho.

Sábado 22.- Ayer, por la tarde, entró en clase un nuevo alumno, de pelo muy negro y rostro moreno. El maestro nos contó que era calabrés, de Calabria, región de Italia que había dado hombres ilustres a la nación. Nos recomendó que le tratásemos cariñosamente para que no se sintiera extraño.

Dicho esto, llamó a Deroso, como primero de la clase que era, para que le diera un abrazo en nombre de todos. El calabrés le besó ambas mejilla y todos aplaudieron. Cuando el recién llegado se sentó en su sitio, sus compañeros más próximos le regalaron estampas y lápices, y un chico del último banco le mandó un sello de Suecia.

Martes 25.- El muchacho que mandó el sello al calabrés me resulta muy simpático. Se llama Garrón, y es el que más años tiene de la clase: casi catorce. Tiene la cabeza grande y cara de buena persona. Piensa como un hombre.

Ahora ya conozco a otros muchos de mis compañeros. Hay uno que se llama Coreta y siempre está alegre. Nelle es jorobado y de rostro descolorido. Hay otro muy bien vestido, Votino, que siempre se está sacudiendo las motas de la ropa.

En el banco que está delante del mío hay uno a quien llaman albañilito porque es hijo de un albañil; sabe poner hocico de liebre con mucha gracia, y todos piden que lo haga. A su lado se sienta Garofi, un tipo con nariz de loro que siempre anda vendiendo cromos y estampas, y se escribe la lección en las uñas para, cuando le preguntan, leerla a hurtadillas.

Hay un señorito llamado Carlos Nobis, que parece orgulloso; está sentado entre dos chicos que me son simpáticos. Uno tiene un brazo inmóvil y su padre está en América.

A mi lado se sienta Estardo, que no habla con nadie, y sobre todo está siempre muy atento a lo que el maestro dice. Otro es Franti, un chico que ya fue expulsado de otra escuela.

Hay también dos hermanos que parecen gemelos porque van vestidos exactamente igual. Pero el mejor de todos, el más inteligente, será también Deroso. El profesor ya se ha dado cuenta y siempre le pregunta.

Yo quiero más a Precusa, que es hijo de un herrero y tiene la cara muy triste; dicen que su padre le pega y siempre está pidiendo perdón por todo. Pero Garrón es el más bueno.

Miércoles 26.- Precisamente esta mañana Garrón ha destacado en clase. Resulta que a la hora de entrar al aula, en el vestíbulo, algunos estaban atormentando a Crosi, el muchacho del brazo inmóvil que es pelirrojo, imitándole con su brazo pegado al cuerpo.

Daba verdadera pena ver al pobre chico con los ojos suplicantes para que le dejasen en paz. De pronto, Franti se puso a imitar a la madre de Crosi, que era verdulera e iba con dos cestas a buscarle al colegio.

Fue entonces cuando Crosi perdió la paciencia y le tiró un tintero a la cabeza, pero

éste se agachó y el tintero fue a dar en el pecho del profesor, que entraba en aquel momento.

El profesor, pálido, preguntó: "¿Quién ha sido?". Como nadie respondía, a Garrón le dio pena del pobre Crosi y se levantó diciendo: "He sido yo". El profesor le miró fijamente a los ojos y dijo: "No, tú no has sido. Que se levante el culpable. No será castigado".

Entonces se levantó Crosi y con lágrimas en los ojos, le contó lo que había ocurrido. El profesor dijo indignado: "¡Que se levanten los culpables!". Cuatro chicos lo hicieron con la cabeza baja. "Habéis cometido una acción innoble; os habéis burlado de un compañero débil que no se puede defender. ¡Sois unos cobardes!".

Luego se acercó a Garrón y mirándole con cariño exclamó: "¡Tienes un alma noble!", y dándole la vuelta dijo a los culpables: "Os perdono".

¡Qué bien nos enseña nuestro profesor una gran lección de amor fraterno!

Jueves 27. - Hoy ha venido mi antigua maestra de primero a casa para ver a mi madre; ésta iba a salir para llevar ropa blanca a una pobre mujer muy necesitada, cuyo caso había leído en los periódicos.

Hacia un año que no venía a casa, y todos nos pusimos muy contentos. No ha cambiado nada desde que la conocemos: pequeña, vestido a la buena de Dios y con su sombrero verde; con algunas canas y tosiendo siempre. Mi madre le decía: "Usted no se cuida, querida profesora". "¡Bah! 'No importa!", respondía ella,

siempre alegre y melancólica a la vez.

Siempre está hablando en clase para que sus alumnos no se distraigan y no se está un momento sentada en la silla. Se acuerda perfectamente de todos los niños y siempre, después de los exámenes, corre a preguntarles qué notas han sacado, pidiéndoles sus ejercicios para ver los progresos que han hecho. Por eso a veces van a buscarla a la escuela algunos que ya llevan reloj y pantalón largo.

¡Pobre profesora! ¡Qué delgada está! Al irse me miró con cariño y me dijo:

"¿Todavía quieres a tu antigua maestra, ahora que haces problemas difíciles y estudias cosas más complicadas? No me olvides, Enrique".

¿Cómo voy a olvidar los dos años que pasé en su clase y donde tantas cosas aprendí?" Siempre que pase por una escuela, al oír la voz de una maestra, pensaré en ella como en una madre, siempre alegre, cansada, entre sus chiquillos.

Vienes 28. - Ayer estuve con mi madre y con mi hermana Silvia en una buhardilla, donde vivía la mujer que, según los periódicos, estaba tan necesitada. Le llevamos ropa.

Mi hermana Silvia tenía la dirección anotada en el periódico y después de subir muchas escaleras llamamos a la última puerta de un corredor. Nos abrió una mujer todavía joven, rubia y muy pálida. Mi madre preguntó: "¿Es usted la del periódico?". Ella contestó que sí y nos hizo pasar.

Mientras la pobre mujer se deshacía en agradecimientos, yo vi que arrodillado en el suelo y escribiendo sobre una silla se hallaba un muchacho de espaldas a nosotros.

Yo pensaba lo difícil que era escribir con tanta incomodidad, cuando reconocí en él a Crosi, el pelirrojo del brazo inmóvil. Se lo dije bajito a mi madre, y ella me recomendó que me callase, para no avergonzarle viendo que dábamos una limosna a su madre; pero en aquel momento Crosi se volvió y al verme vino hacia mí y me abrazó efusivamente.

Su madre entonces contó sus penas: "Mi marido está en América desde hace seis años; yo antes me ganaba la vida vendiendo verduras, pero ahora he caído enferma y no puedo ir al mercado. Mi pobre Luis tiene que trabajar sin luz y de mala manera, porque he tenido que vender hasta la mesa. ¡Pobre hijo mío! ¡Tanta voluntad como tiene para estudiar y que yo no pueda darle medios!".

Mi madre entregó a la madre de Crosi todo lo que llevaba en el bolsillo y al salir se puso a llorar diciéndome: "¿Has visto, Enrique? Tú tienes todas las comodidades y

la vida resuelta y te quejas del estudio. ¿Has visto a tu compañero?" Tiene más mérito su trabajo de un día que el tuyo de un año".

Este mismo día recibí una notita de mi padre, que decía lo siguiente: "Mi querido Enrique: para ti estudiar es algo muy duro; te oigo cómo te quejas muchos días. Ya no vas al colegio con entusiasmo, como antes. ¿Qué harías si no fueras al colegio? Tus días estarían vacíos, incluso tus juegos te cansarían".

"Hoy en día todos estudian; piensa en los obreros que van a clase por la noche, después de haber estado todo el día trabajando. Pero mira también a todos los niños del mundo entero que van al colegio día tras día, a aprender, a hacerse hombres para el mañana".

"Este ejército de escolares es el futuro del mundo. ¡Ten ánimo, mi querido Enrique! ¡No seas un soldado cobarde! Tu padre".

Sábado 29.- La carta de mi padre me ha causado gran impresión. No seré un soldado cobarde, pero iría más a gusto al colegio si el maestro nos contase cada día una historia como la que hoy nos ha explicado. Dice que nos va a contar una todos los meses. La de hoy se llamaba: ""El pequeño patriota paduano". La voy a escribir: Un barco francés salió un día de Barcelona con destino a Génova. En él viajaban gentes de todos los países: franceses, suizos, alemanes; y entre ellos se encontraba un niño de unos once años que siempre estaba aislado, no hablaba con nadie.

El pobre estaba muy mal vestido. Y tenía razón para estar triste: sus padres le habían entregado dos años antes a los titiriteros que pasaban por Padua, quienes, a fuerza de golpes y patadas, le habían enseñado a realizar unas piruetas, haciéndole pasar hambre, hasta que al fin él se escapó y, pidiendo ayuda al cónsul de Italia en Barcelona, éste la había ayudado embarcándole con una carta para el alcalde de Génova, a quien rogaba que mandase al muchacho a sus padres.

Había gente en el barco que le preguntaba, pero él no respondía nunca. Hasta que un día, tres hombres que no eran italianos le hicieron hablar a base de insistencia, y el chico les contó su historia. Los viajeros, compadecidos, le dieron algunas monedas.

El chico dio las gracias y se fue a cubierta. Allí se puso a pensar en lo que podría comprar al llegar a Génova: podría comer algo que no fuese el duro pan del que se había alimentado casi exclusivamente durante dos años, y comprar una chaqueta para presentarse decentemente ante sus padres.

Estaba con estos pensamientos, cuando oyó a los tres viajeros de antes que hablaban entre sí de numerosos viajes alrededor del mundo. Y comenzaron a hablar de Italia, quejándose cada uno de una cosa. "Italia es un pueblo de estafadores", dijo uno. "De bandidos", dijo otro, y el tercero abrió la boca para decir algo ofensivo, pero no llegó a hacerlo, porque sobre sus cabezas cayeron multitud de monedas.

Al alzar la cabeza indignados, vieron al pequeño muchacho paduano, que les dijo: "Yo no acepto dinero de los que insultan a mi país".

Noviembre

Lunes 1.- Ayer por la tarde fui al colegio de las niñas, que está junto al nuestro. Cuando yo entraba, salían las setecientas muchachas que allí estudian. Iban todas muy contentas porque hoy es la fiesta de Todos los Santos.

Enfrente del colegio estaba un muchacho, casi un niño sucio como los deshollinadores, y con los aparejos de limpiar chimeneas en la mano; estaba llorando y varias niñas se acercaron: "¿Qué te pasa?", le preguntaron.

El niño no respondía y seguía llorando sin cesar. "Pero dínos qué te ocurre". Al fin respondió que había estado limpiando chimeneas todo el día, por lo que había ganado seis reales, pero como tenía un agujero en el bolsillo, los había perdido, y

no se atrevía a regresar a su casa sin nada.

Las niñas se pusieron muy serias, y una de las mayorcitas le dijo: "Mira, no tengo más que diez céntimos, pero toma". Las demás le dieron también lo que llevaban. Al final se consiguieron reunir los seis reales, y aún sobraba.

¡No en vano les había hablado la maestra aquel día de la ayuda que debemos prestar a los desvalidos!

Viernes 4.- Sólo han sido dos días de fiesta y me parece mucho el tiempo que he estado sin ver a mi amigo Garrón. Cuanto más le conozco más le quiero, y lo mismo le sucede a todos los de la clase.

Cuando uno de los mayores quiere pegar a uno pequeño, éste grita: "¡Garrón!", y el mayor ya no le pega. Es hijo de un maquinista y tardó en ir a la escuela porque estuvo malo dos años. Cualquier cosa que se le pida, la presta enseguida.

¡Da risa verle con sus pantalones y chaqueta demasiado pequeños para él, y en cambio sus botas grandes! Un día dio cinco céntimos a uno de primer curso porque lloraba; había perdido el dinero y no podía comprarse un cuaderno.

Todo lo toma a broma, incluso los insultos. Sólo cuando alguien dice que no es verdad algo que él cuenta, sus ojos echan chispas y pega grandes puñetazos.

Todos le queremos mucho, hasta el profesor lo demuestra. Estoy seguro de que arriesgaría su vida por cualquiera de nosotros. Se le ve en su cara de bondad.

Lunes 7.- Nunca hubiera dicho Garrón lo que esta mañana ha dicho Carlos Nobis a Beti. Carlos es hijo de un señor muy rico, alto, con barba. Beti es hijo de un carbonero.

Ambos tuvieron una discusión, y en el calor de ella, Nobis, no sabiendo ya qué decir porque no tenía razón, gritó muy alto: "Tu padre es un andrajoso". Beti no respondió nada y se puso a llorar. Estuvo triste por la mañana, y se ve que se lo contó a su padre, porque a primera hora de la tarde vino acompañado por él, un hombre pequeño y muy negro que entró para quejarse al profesor.

El padre de Carlos Nobis estaba en el pasillo quitando la capa a su hijo, cuando oyó pronunciar su nombre, y entró en la clase preguntando qué ocurría.

El profesor le explicó que el carbonero venía a quejarse porque Carlos había dicho a su hijo: "Tu padre es un andrajoso". El señor Nobis se puso algo colorado y preguntó a su hijo: "¿Has dicho tú eso?" Carlos no respondió. Entonces, le empujó hasta ponerle frente a Beti y dijo: "¡Pídele perdón!" El carbonero quiso interponerse, pero el señor Nobis lo impidió.

"Pídele perdón ahora mismo. Repite mis palabras. Yo te pido perdón por la palabra injuriosa, insensata, innoble que he pronunciado contra tu padre, a quien el mío tiene mucho gusto en estrecharle la mano".

Carlos lo repitió en voz baja, mientras los dos padres se estrechaban la mano. Los dos niños se abrazaron y el señor Nobis rogó al profesor que les pusieran juntos en el mismo banco. El señor Nobis salió, mientras el carbonero quiso decir algo al hijo, que se sentía avergonzado. El hombre no se atrevió a hablar y sólo rozó con sus toscos dedos los rizos rubios del muchacho. Luego se fue.

El profesor nos dijo: "Amigos míos; ésta ha sido la mejor lección del año".

Jueves 10.- Hoy ha venido a casa a vernos la profesora Delcato, porque mi hermano está enfermo y quería saber cómo se encontraba. Nos ha hecho reír mucho contándonos que hace unos años tuvo como alumno a Beti, el hijo del carbonero, y que su madre, una mujer muy buena, le había llevado una espuerta de carbón a su casa en señal de agradecimiento.

Ella no utilizaba carbón, y le costó mucho convencerle para que se la volviese a llevar. Nos hemos entretenido mucho oyéndola y, gracias a su presencia, mi hermano se ha tomado una medicina muy mala que nunca quiere ni ver.

¡Cuánta paciencia tienen que tener los profesores de la primera etapa! Deben

enseñar a escribir a niños que no saben casi ni hablar.

La profesora Delcato es joven, alta, delgada y va siempre muy bien vestida y cuidada. Es muy sentimental y ama a los niños. "Después de dos años -nos contaba-, una llega a quererlos mucho, pero los quiere ya para siempre. Y cuando se van a una clase superior, una piensa, bueno, ya se acordarán de mí, pero luego, son pocos los que vienen a verme de vez en cuando. Pero tú no harás eso, ¿verdad, guapo? -dijo a mi hermano-. Tú te acordarás siempre de la pobre maestra Delcato".

Domingo 13.- Hoy salí a pasear y vi en la calle un carro de leña y a mi compañero Coreta descargándolo. Me acerqué preguntándole: "¿Qué haces?", y me respondió: "¿No lo ves? Estudiando la lección". Yo me reí ante su respuesta, pero él hablaba en serio; entre haz y haz de leña repetía: "Son accidentes del verbo..., las variaciones, según el número y la persona..., según el tiempo..., chico, hoy es muy difícil". "¿Y así puedes estudiar?", le pregunté. "¡Qué voy a hacer! Mi padre ha tenido que salir a la calle para un negocio, mi madre está enferma y ha venido este carro que había que descargar. Ya se acabó. Venga usted a las siete a cobrar", dijo después al hombre del carro. Y, dirigiéndose a mí, me dijo: "Anda, Enrique, entra conmigo a la tienda".

Entré. Era una habitación no muy grande con muchos haces de leña; al lado había otra pequeña estancia que servía de cocina y comedor. Sobre una mesa estaban los libros y el cuaderno de mi amigo abierto para hacer los deberes.

"No he podido hacer casi nada todavía. Esta mañana he tenido que ir al mercado dos veces; esta tarde, atender la tienda y luego descargar el carro. Tengo las manos hinchadas y sólo me faltaría ahora tener que hacer un dibujo. Pero algo he podido estudiar". Se puso a escribir un poco cuando alguien entró a la tienda y tuvo que despachar. Luego hizo café para su madre y se lo llevó. Me pidió que le acompañara a verla, porque se alegraría.

Entramos en una habitación. Allí estaba su madre en una cama grande y con un pañuelo en la cabeza: "Aquí está el café, madre, ¿quieres algo más? Te he puesto dos cucharaditas de azúcar. Viene conmigo un compañero de la escuela que ha venido a verte"; la madre de Coreta se puso muy contenta, insistió en que tomara un terrón de azúcar y me enseñó una fotografía de su marido vestido de uniforme. Luego entró Coreta y le dijo: "¿Hoy está mejor, madre? No se preocupe por nada. A las ocho pondré el puchero y luego iré a la compra para mañana; vamos, Enrique, ha llegado otro carro de leña".

Salimos, y Coreta se puso a descargar el carro. "Bueno", me dijo, "ya no puedo atenderte. Tengo que descargar éste y luego partiré astillas. Esto pondrá muy contento a mi padre cuando vuelva. Feliz tú que tienes tiempo hasta para dar un paseo. Yo haré luego los deberes y estudiaré la lección mañana por la mañana. Lo importante es que mi madre se ponga buena; por suerte ya anda mejor. Bueno, adiós. ¡Dichoso tú!".

Cuando me fui iba pensando que mucho más feliz era él, porque era más útil a sus padres y porque estudiaba y trabajaba más. Era cien veces mejor que yo.

Martes 22.- El hijo del director era voluntario del ejército cuando murió, por eso él se va a la plaza a ver a los soldados cuando pasan. Ayer pasó un grupo de cincuenta soldados por la calle, y todos los muchachos de la escuela nos quedamos mirándoles. Franti se puso a reír y a burlarse de uno que cojeaba. De pronto sintió una mano sobre su hombro. Era el director, que le dijo: "Reírse de un soldado cuando va en filas es de cobardes; es como insultar a un hombre que está atado". Franti desapareció. Los soldados venían bastante cansados y polvorientos. El director nos dijo: "Muchachos, tenéis que respetar a los soldados; ellos han luchado por nuestra patria. Son jóvenes, tienen pocos años más que vosotros y también estudian. Hay entre ellos ricos y pobres. Saludad la bandera, hijos míos, por la cual ellos han luchado".

Estas palabras nos emocionaron y saludamos a un tiempo militarmente. Un viejo oficial se sonrió, y dijo: "¡Bravo, muchachos! Quien respeta la bandera sabrá defenderla cuando sea mayor".

Miércoles 23.- Ese día, también Nelle, el jorobadito, miraba a los soldados, pero pensando que él nunca podría llegar a serlo. Está muy pálido y parece enfermo, le cuesta trabajo respirar. Viene siempre su madre a buscarle para que no salga en tropel con todos y le hace muchas caricias.

Al principio todos se reían de él porque era jorobado, y le pegaban con las carteras, hasta que un día se levantó Garrón y dijo: "Al primero que toque a Nelle le pego un puñetazo". Franti no hizo caso y recibió un puñetazo.

Desde entonces nadie molesta a Nelle, y éste está muy agradecido a Garrón; el profesor les ha sentado en el mismo banco y se han hecho muy amigos.

Viernes 25.- Garrón se atrae la admiración de todos por su bondad, y Deroso por su inteligencia, que también este mes ha recibido el primer premio. Es el primero en todo, lo comprende todo inmediatamente y parece que estudiar es un juego para él. El maestro le dice: "Deroso, has recibido grandes dotes de Dio, no las malgastes".

Tiene doce años, y además es guapo y rubio. Sabe esgrima y es muy gracioso. Es hijo de un comerciante, y da todo lo que tiene. En los exámenes ayuda al que puede. Todos le quieren. Yo le envidio, como Votino. Cuando estoy ante un trabajo difícil pienso que él lo habrá hecho sin apenas ningún esfuerzo.

Pero luego, en la escuela, es tan amable, tan humilde y tan atento con los compañeros, que no tengo más remedio que quererle; quisiera seguir mis estudios con él, me estimula su presencia y su seguridad.

Me gustaría decirle que le quiero y le admiro.

Sábado 26.- Hoy ha explicado el profesor el cuento mensual; se llama "El pequeño vigía lombardo".

Era 1859, durante la guerra por el rescate de Lombardía, pocos días después de la batalla de Solferino y San Martino, ganada por los franceses e italianos contra los austríacos.

Un destacamento de Caballería de Saluzo marchaba a paso lento, una mañana, hacia el enemigo. Todos iban mirando el frente, en silencio, vigilando atentamente cualquier mancha en el horizonte que pudiera indicar presencia enemiga.

Llegaron a una casita muy hermosa en lo alto de un monte. En la puerta estaba sentado un muchacho de unos doce años; en las ventanas de la casa ondeaba la bandea italiana. Los aldeanos, por miedo a los austríacos, habían huido.

"¿Cómo no has huido tú también con tu familia?"

"Yo no tengo familia; soy expósito. Me he quedado para ver la guerra".

"¿Han pasado por aquí los austríacos?"

"No veo un austríaco desde hace tres días".

Cerca de allí se alzaba un fresno, alto y esbelto. El oficial preguntó:

"Muchacho, ¿tienes buena vista?"

"¿Yo? Muy buena, sí señor".

"¿Y serías capaz de subirte a aquel árbol?"

"¿Yo? Sí, en medio minuto".

"¿Podrías decirnos si desde lo alto se ven soldados austríacos, o polvo, o caballos, o fusiles que relucen?"

"Seguro. Ahora subo, espere que me quite los zapatos".

"¿Qué quieres por este servicio?"

"¡Qué pregunta! ¡Nada! ¡Yo soy lombardo!"

Y empezó a subir bien agarrado al tronco con los brazos y las piernas. Una vez arriba, el oficial preguntó:

"¿Qué ves a tu derecha?"

"Dos hombres parados en el camino".

"¿Y enfrente?"

"Unas bayonetas que relucen al sol; pero no se ve gente; deben de estar escondidos entre los sembrados".

En aquel instante sonó el silbido de una bala.

"¡Baja, muchacho! ¡Baja!"

"El árbol me protege. A la izquierda..."

El silbido de una bala rasgó el aire. El muchacho vaciló y cayó de cabeza al suelo; con los brazos abiertos.

"¡Maldición!", dijo el oficial acudiendo.

Le examinó, vio que la bala había entrado en el pulmón izquierdo.

"¡Está muerto!"

"¡No! ¡Vive! ¡Valiente, ánimo!"

Pero mientras le oprimía el pañuelo contra la herida, el muchacho lombardo expiró.

"¡Pobre muchacho! ¡Pobre y valiente! ¡Ha muerto como un soldado y, como un soldado, debe recibir honores! Ha muerto por la patria!"

El oficial hizo bajar la bandera italiana de la ventana de la casa y la extendió con cariño sobre el cuerpo del infortunado.

Los soldados partieron inmediatamente en busca del enemigo que el chico había divisado.

La noticia de la muerte del lombardo corrió rápidamente; y un destacamento que pasó poco después le rindió honores. Todos los que pasaban le echaban flores.

Unos le basaron en la frente; otros le pusieron una cruz, y, al final, el niño muerto quedó solo, cubierto de flores y casi sonriendo, como contento de haber dado la vida por la patria.

Martes 29. - "Mi querido Enrique: me contaste el relato del pequeño lombardo; "morir por la patria", sí, eso es importante; pero hay cosas que también son importantes, aunque parezcan pequeñas.

"Hoy te he visto pasar junto a una pobre mujer que, con un niño pequeño en brazos, pedía limosna. Tú no le has dado nada, y quizá llevabas dinero. Pasaste indiferente, y esto me ha dolido. Enrique mío, no te acostumbres a la pobreza; no la mires con indiferencia. Piensa que en esta ciudad y en todas las ciudades del mundo hay niños como tú que pasan hambre. Nunca pases ante una madre que te pide para su hijo sin darle algo. Dios Nuestro Señor premia estas acciones. Tu madre".

Diciembre

Jueves 1. - Mi padre me dijo que cada día de fiesta invitase a uno de mis compañeros de colegio a casa para ir haciéndome amigo de todos. El domingo pasado salí a pasear con Votino, el que tiene tanta envidia a Deroso y que siempre va muy bien arreglado.

Hoy ha venido a casa Garofi, el chico alto con nariz de pico de loro. Es un comerciante. Siempre anda metido en líos. Cuenta continuamente el dinero que tiene y ha abierto una libreta en la Caja de Ahorros.

Todo lo que encuentra, por insignificante que sea, lo coge y lo guarda. Luego lo vende. Hace más de dos años que colecciona sellos y cuando complete la colección se la venderá al librero; éste le regala cuadernos porque le lleva clientes.

Tiene un cuaderno donde anota sus negocios, y lo único que estudia es Aritmética. Dice que cuando termine la escuela va a montar un negocio muy bueno que él se ha inventado.

Lunes 5.- Ayer fui a pasear con Votino y su padre. Mi amigo iba muy bien vestido, como siempre, quizá excesivamente. Íbamos andando los dos solos y hablando, porque su padre se había quedado rezagado mirando una librería. Para esperarle nos sentamos en un banco donde se hallaba un chico de nuestra edad vestido muy modestamente.

Votino sacó entonces el reloj y me dijo: "¿Has visto mi reloj?" Yo le pregunté si era de plata. "No, hombre, no, es de oro". "Pero no será todo de oro", dije yo.

Entonces se dirigió al muchacho que estaba a nuestro lado y le preguntó poniéndole el reloj ante los ojos: "Dime, ¿tú crees que es de oro?". El chico dijo: "No lo sé", y Votino se puso rabioso ante tanta indiferencia.

En aquel momento llegaba el padre de Votino, que le riñó con dureza: "¡Calla!", y luego se inclinó diciéndole al oído: "Es ciego". Votino se levantó de un salto y se dio cuenta de que, efectivamente, el chico no tenía expresión en los ojos.

Durante el resto del pase, mi amigo no volvió a sonreír. Aunque sea presumido, tiene buen corazón.

Sábado 10.- Ya han llegado las primeras nieves. Ayer por la tarde cayeron copos finos como flores de jazmín sobre las calles y los apresurados transeúntes.

Esta mañana los de la clase estábamos entusiasmados ante la idea de hacer bolas a la salida y organizar batallas. También el profesor miraba por la ventana y se frotaba las manos. Sólo Estando no se distraía: con los puños apretados sobre las sienes, estudiaba sin cesar.

A la salida, nos repartimos por las calles riendo, cogiendo bolas de nieve y hundiendo nuestros pies en ella. El calabrés nunca había tocado la nieve, e hizo con ella una bola y se la comió como si fuera una fruta. Hasta Precusa, el hijo del forjador, que nunca se ríe, este día se divirtió mucho.

Nosotros festejábamos el invierno, pero mi padre me dijo que había niños sin pan, sin zapatos, sin calor. Hay colegios fríos, que temen el invierno, donde los niños tienen las manos y los pies helados.

Domingo 11.- Hoy ha venido a mi casa a pasar la tarde mi compañero de clase, ese al que llamamos albañilito; mi padre tenía más ganas que yo de que viniese. Cuando entró se quitó su viejo sombrero y se lo metió en el bolsillo. Nos pusimos a jugar a los palitos; tiene una habilidad extraordinaria, y construía torres y puentes muy bonitos que parecían sostenerse de milagro. Me habló de su familia. Dijo que su padre trabajaba durante todo el día y que por la noche iba a las clases de adultos para aprender a leer.

A las cuatro merendamos pan y pasas, y cuando nos levantamos para ir a jugar, mi madre me cogió la mano, viendo que yo iba a limpiar el respaldo del sofá donde se había sentado el albañilito. Como siempre llevaba las chaquetas de su padre, lo había manchado de cal.

Jugando, a mi amigo se le cayó un botón de la chaqueta y mi madre se lo cosió, mientras él se ponía muy colorado.

Luego mi madre me dijo que no había querido que limpiara el respaldo porque hacerlo delante de él hubiese sido casi una reprensión por haberlo ensuciado; en primer lugar porque no lo había hecho expresamente, y después porque la suciedad adquirida trabajando no es suciedad. Puede ser cal, barniz, grasa, pero no es suciedad, sino las huellas de un trabajo. Luego lo limpió ella sin que mi amigo lo viera.

Viernes 16.- Todavía está nevando. Esta mañana, al salir del colegio ha ocurrido un desagradable accidente. Al salir, un grupo de chicos se pusieron a hacer bolas con la nieve acuosa que hace las bolas duras como piedras. Se las tiraban unos a otros, cuando un señor dijo: "¡Alto, chicos!" En aquel mismo momento se vio a un anciano tambalearse y caer al suelo. Una bola le había dado en un ojo. Yo estaba en la librería donde se había detenido mi padre, y vi llegar a algunos de

mis compañeros corriendo y poniéndose a mi lado, haciendo como que miraban el escaparate. Eran Garrón, Coreta, el albañilito y Garofi, el de los sellos. Los guardias corrían de un lado a otro gritando: "¡Que se presente! ¿Quién ha sido? ¡Vamos! ¿Lo sabes tú?" Vi como Garrón decía algo al oído de Garofi. Comprendí enseguida que había sido éste.

Un hombre entró en la librería y dijo: "¡Le han metido un cristal de los lentes en el ojo! Le han dejado ciego. ¡Cobardes!" Creí que Garofi se caía al suelo.

Garrón se acercó más y dijo: "Anda, preséntate, no seas cobarde". El chico respondió: "No tengo valor para confesarlo". Garrón le cogió por una mano y le sacó de la tienda diciendo: "No temas; yo te defiende"; y ambos se dirigieron donde estaba el anciano sentado. Varios hombres corrieron amenazadores hacia Garofi, pero Garrón se interpuso diciendo: "¡Cómo! ¡Diez hombres contra un niño!". Uno empujó al culpable hasta los pies del anciano y le hizo arrodillarse a la fuerza, diciendo: "Baja la cabeza, tienes que pedir perdón".

Un hombre recién llegado dijo: "Alto; no lo ha hecho adrede. Ha tenido la valentía de presentarse y no se le puede humillar. Pide perdón, hijo". Era nuestro director. Garofi se arrodilló llorando ante el viejo, que le acarició la cabeza.

Mi padre me preguntó si yo hubiera sido capaz de presentarme, y yo le prometí que sí.

Sábado 17.- Garofi tenía mucho miedo pensando que el profesor iba a regañarle, pero como éste no ha ido, y el suplente también faltaba, ha venido a darnos clase la señorita Cromi, que es la más vieja de las profesoras y tiene dos hijas mayores. Hoy estaba triste porque tenía un hijo enfermo.

Al verla, todos han empezado a hacer ruido, pero ella dijo con su voz pausada: "Respetad mis canas", y todos se callaron. Sólo Frante se atrevió a hacerla burla sin que lo viera.

A mí la que más me gusta es una profesora de los pequeños; es muy joven y lleva una pluma roja en el sombrero y una crucecita al cuello. Siempre sonríe; tiene dos lunares muy graciosos en las mejillas, y parece una niña más.

Cuando salen a la fila, corre alrededor de sus alumnos. Abrochando el abrigo a uno, sonando a otro y dándole besos; a la salida suplica a los padres que no les castiguen.

Y luego se va siempre contenta. Mantiene con su trabajo a su madre y a su hermano.

Domingo 18.- Hoy había terminado de escribir el cuento mensual "El pequeño escribiente florentino", que el profesor me había dado a copiar, cuando mi padre me dijo que podríamos ir a ver al señor anciano que fue herido en un ojo por la bola de nieve de Garofi.

Hemos subido a un cuarto piso y encontramos en la habitación al anciano recostado en la cama. Tenía el ojo vendado. A su lado se encontraba su mujer y su nietecillo, que también asistía a las clases de nuestro colegio.

Se alegró mucho de ver a mi padre y le contó que dentro de pocos días estaría curado, y que no había ningún problema; no iba a perder el ojo.

Después llegó el médico que había ido a curarle y se mostró muy optimista por su estado. Al rato, ante la sorpresa de todos, llamaron a la puerta; fue a abrir el pequeño, y allí estaba Garofi, con su capa y su cara de angustia.

El viejo, cuando se enteró de que era él, le abrazó y le dijo que de ningún modo se preocupara, que no iba a perder el ojo ni nada de eso. Garofi, a pesar de lo que el viejo le decía, se quedó clavado esperando algo. Y de pronto, con un rápido movimiento, entregó su preciado álbum de sellos al nietecito del señor, y luego se fue corriendo.

¡Pobre Garofi! ¡Daba lo que más quería; su álbum de sellos, a cambio del perdón!

Lunes 19. - El cuento de este mes se llama "El pequeño escribiente florentino".

Tenía doce años y cursaba la cuarta elemental. Era un simpático niño florentino de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles quien, teniendo una familia numerosa y un escaso sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho, y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería a la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía estar pronto dispuesto a obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia; y para ello necesitaba trabajar mucho en poco tiempo.

Así, aunque el muchacho era aplicado, el padre lo exhortaba siempre a estudiar.

Era éste ya de avanzada edad y el exceso de trabajo lo había también envejecido prematuramente. En efecto, para proveer a las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su empleo, se buscaba a la vez, aquí y allá, trabajos extraordinarios de copista. Pasaba, entonces, sin descansar, ante su mesa, buena parte de la noche. Últimamente, cierta casa editorial que publicaba libros y periódicos le había hecho el encargo de escribir en las fajas el nombre y la dirección de los suscriptores. Ganaba tres florines por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea lo cansaba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer.

-Estoy perdiendo la vista -decía-; esta ocupación de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

-Papá, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes que escribo regular, tanto como tú.

Pero el padre le respondió:

-No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es mucho más importante que mis fajas: tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; lo agradezco; pero no quiero, y no me hables más de ello.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas materias, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para dirigirse a la alcoba. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama; se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, y se sentó en la mesa de despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las direcciones de los suscriptores.

Empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos; después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca de un florín! Entonces se detuvo: dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama de puntillas.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas y pensando en otra cosa. No sacaba la cuenta de las fajas escritas hasta el día siguiente. Sentado a la mesa con buen humor, y poniendo la mano en el hombro del hijo:

-¡Eh, Julio -le dijo-, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas he trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbro. La mano aún está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.

Julio, contento, mudo, decía para sí: "¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de creerse rejuvenecido. ¡Ánimo, pues!"

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, observó de pronto:

-¡Es raro: cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!

Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que ocurrió fue que, interrumpiendo así su sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes.

-¡Vamos, vamos! -le gritó su padre dando una palmada-. ¡Al trabajo!

Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba igual, y aún peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con desgano, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo, después se preocupó de ello y, al fin, tuvo que reprenderlo. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.

-Julio -le dijo una mañana-; tú te descuidas mucho; ya no eres el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. ¿Comprendes?

A este único regaño, el verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó.

-Sí, cierto -murmuró entre dientes-; así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.

Pero por la noche de aquel mismo día, durante la comida, su padre exclamó con alegría:

-¡Sabed que en este mes he ganado en las fajas treinta y dos florines más que el mes pasado!

Y diciendo esto, sacó a la mesa un puñado de dulces que había comprado, para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria que todos acogieron con júbilo.

Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí:

"¡No, pobre padre; no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás!",

Y añadió el padre:

-¡Treinta y dos florines!... Estoy contento... Pero hay otra cosa -y señaló a Julio- que me disgusta.

Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con ahínco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La situación se prolongó así por dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho y mirándolo cada vez más enojado. Un día fue a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:

-Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído; hace sus apuntes cortos, de prisa, con mala letra. El podría hacer más, pero mucho más.

Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta entonces le había hecho.

-Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto mucho mi vida por la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aún de tu madre.

-¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío! -gritó el hijo ahogado en llanto, y abrió la boca para confesarlo todo.

Pero su padre lo interrumpió diciendo:

-Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien florines en el ferrocarril, y he sabido esta mañana que ya no la tendré.

Ante esta noticia, Julio retuvo en seguida la confesión que estaba por escaparse de sus labios, y se dijo resueltamente: "No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti; del dolor que te causo te compenso de este

modo: en la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso: lo que importa es ayudar para ganar la vida y aligerarte de la ocupación que te mata". Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba sino raras veces, como si fuera un hijo desnaturalizado, del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste; mientras tanto el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándolo a descuidarse cada vez más en sus estudios.

Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento, la noche que dijera: "Hoy no me levanto"; pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento; le parecía que, quedándose en la cama, faltaba a su deber, que robaba un florín a su padre y a su familia; y se levantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara contando las fajas dos veces, entonces terminaría naturalmente todo, sin un acto de su voluntad, para lo cual no se sentía con ánimos. Y así continuó la misma situación.

Pero una tarde, durante la comida, el padre pronunció una palabra que fue decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más echado a perder y más pálido que de costumbre, le dijo:

-Julio, tú estás enfermo. -Y después, volviéndose con ansiedad al padre-: Julio está enfermo, ¡mira que pálido está!... ¡Julio mío! ¿Qué tienes?

El padre lo miró de reojo y dijo:

-La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado e hijo cariñoso.

-¡Pero está enfermo! -exclamó la mamá.

-¡Ya no me importa! -respondió el padre.

Aquella palabra le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho.

¡Ah! Ya no le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba de oírlo toser solamente. Ya no lo quería, pues; había muerto en el corazón de su padre.

"¡Ah, no padre mío! -dijo entre sí con el corazón angustiado-; ahora acabo esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi resolución!"

Aquella noche se levantó todavía, más bien por fuerza de la costumbre que por otra causa; y cuando se levantó quiso volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura.

Sin embargo, cuando se volvió a encontrar en la mesa, con la luz encendida, y vio aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más, aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza e involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano, tocó un libro y éste se cayó. Se quedó helado.

Si su padre se despertaba... Ciertamente que no le habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo... el oír acercarse aquellos pasos en la oscuridad, el ser sorprendido a aquella hora, con aquel silencio; el que su madre se hubiese despertado y asustado; el pensar que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia descubriéndolo todo..., todo esto casi lo aterraba.

Aguzó el oído, suspendiendo la respiración... No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó, y volvió a escribir.

Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia

municipal en la desierta calle; luego ruido de carruajes que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo.

Entretanto su padre estaba detrás de él: se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta; y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas y, en un momento, lo había recordado y comprendido todo. Un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa invadió su alma. De pronto, en un impulso, le tomó la cara entre las manos y Julio lanzó un grito de espanto. Después, al ver a su padre, se echó a llorar y le pidió perdón.

-Hijo querido, tú debes perdonarme -replicó el padre-. Ahora lo comprendo todo. Ven a ver a tu madre.

Y lo llevó casi a la fuerza, junto al lecho y allí mismo pidió a su mujer que besara al niño. Después lo tomó en sus brazos y lo llevó hasta la cama, quedándose junto a él hasta que se durmió. Después de tantos meses, Julio tuvo un sueño tranquilo. Cuando el sol entró por la ventana y el niño despertó, vio apoyada en el borde de la cama la cabeza gris de su padre, quien había dormido allí toda la noche, junto a su hijo querido.

Miércoles 28.- Un chico de mi clase, del que ya he hablado otras veces, un tal Estardo, estoy seguro de que sería capaz de hacer lo que hizo el pequeño florentino.

Esta mañana ocurrieron dos acontecimientos en el colegio. Garofi estaba loco de alegría porque le habían devuelto su álbum de sellos aumentado con tres sellos de Guatemala, que hacía tiempo buscaba. Y Estardo ha obtenido la segunda medalla; el primero ha sido, como siempre, Deroso.

Nadie se hubiera imaginado que Estardo reaccionaría así. Cuando llegó a principio de curso a la escuela, acompañado de su padre, que dijo al maestro que tuviera paciencia con él, porque le costaba mucho comprender. Al principio, todos creímos que era un adoquín, pero él decía: "Yo salgo de ésta o reviento"; y se puso a estudiar con más empeño que ninguno. Estudiaba en casa, en el colegio, por la calle, por los paseos. Siempre estaba sentado, con los puños apretados sobre las sienes, con algo delante de los ojos para leer. Cada vez que lograba reunir dos reales se compraba un libro. Así, poco a poco, ha llegado a tener una pequeña colección.

El día que recibió la medalla, su padre, que precisamente fue a buscarle a la salida, no se lo creía; tuvo que preguntárselo al profesor, que lo confirmó contento. "¡Muy bien! Tan testarudo, pero..., qué contento estoy".

El mismo profesor le ha dicho esta mañana: "Muy bien, Estardo; quien trabaja, vence". Y todos le felicitaban y miraban sonrientes; sólo él estaba serio, seguramente rumiando en su cabeza la lección de la mañana siguiente.

Sábado 31.- "Mi querido Enrique: Estoy seguro de que tu compañero Estardo no se quejará nunca del mal genio del profesor, ni de su impaciencia. Piensa tú cuántas veces te impacientas con tus hermanos e incluso con tu madre y conmigo; ¿cómo no va él a hacerlo con unos muchachos rebeldes y poco estudiosos? Piensa que hay chicos bondadosos y de carácter agradable; pero que hay muchos otros que abusan de su bondad y no le hacen caso. Hasta el hombre más santo se dejaría llevar de la ira si estuviera en su lugar.

"¿Y tú sabes cuántas veces debe ir el profesor a dar clase estando enfermo, sólo porque piensa que no está lo bastante grave como para quedarse en cama? Pero es lógico que esté de mal humor y preocupado y con un disgusto al darse cuenta de que sus alumnos, en vez de ayudarle ese día, quizá se ensañan con él, hablando y

enredando más que de costumbre".

"Quiere mucho a tu profesor, hijo; quiérole, porque él te abre las sendas de la virtud, y te enseña a ser un hombre en esta difícil vida. Yo le respeto, porque ayuda a los niños que luego le olvidan al hacerse hombres; porque los educa y les abre una luz en su corazón".

"Pronuncia siempre dulcemente la palabra maestro, la más hermosa que puede recibir un hombre después de la palabra padre. Tu padre".

Enero

Miércoles 4.- Es verdad lo que mi padre me contó en su última carta. El profesor estaba de mal humor porque hacía ya días que se encontraba mal. Ha empezado a darnos clase un suplente, muy joven y sin barba.

Esta mañana ha ocurrido un incidente desagradable. El profesor suplente tiene mucha paciencia, y sólo dice: "Por favor, estad callados"; pero todos enredan como diablillos, y apenas le hacen caso. Dos veces asomó la cabeza el director por la puerta al oír el ruido, pero en cuanto él desaparecía volvían de nuevo las guasas. Garrón y Deroso decían a todos por señas que se callasen, que era una vergüenza, pero nadie hacía caso. Sólo Estardo estaba ante el libro con los puños apretados estudiando.

Garofi estaba muy atareado vendiendo papeletas para un sorteo; los demás reían y charlaban, haciendo ruido con los pies y tirando papeles. El profesor estaba ya desesperado.

La cosa llegó ya a un límite insospechado. Unos maullaban, otros andaban a gatas... De pronto, entró el bedel en la clase anunciando que el director llamaba al profesor. Éste salió rápidamente de la clase. El alboroto se hizo más fuerte.

De pronto, Garrón se subió al estrado y dando un puñetazo en la mesa, dijo con voz fuerte: "Sois unos cobardes. Os aprovecháis de él porque es bueno; si castigara y os machacara los huesos estaríais sumisos como perros. Al primero que haga alguna otra canallada, le espero a la salida para romperle la cara, aunque sea en presencia de su padre.

Miró fijamente a los más revoltosos y volvió a su sitio. Cuando volvió el suplente no se oía el vuelo de una mosca. Al principio no comprendía nada de lo que sucedía, pero al ver a Garrón todavía colorado y tembloroso lo comprendió todo, se acercó a su banco, y poniéndole una mano en la espalda le dijo: "¡Gracias, Garrón!".

Domingo 8.- Hoy he estado en casa de Estardo y he visto la biblioteca que tiene. Me ha dado verdadera envidia. No es rico y no puede comprar muchos libros, pero conserva con gran cuidado los del colegio y los que sus padres le regalan; además, en cuanto tiene algunos céntimos se compra alguno.

Su padre, al descubrir su afición, le ha comprado un estante de madera de nogal, donde los ha colocado debidamente; y también mandó encuadernarlos, poniendo tapas de colores con letras doradas en los cantos. ¡Da gusto verlos!

Ha hecho un catálogo, y sabe dónde está cada libro en cualquier momento; ¡tan descuidados como tengo yo los míos! Para él es una delicia observar los libros; en cuanto tiene alguno nuevo lo hojea, luego lo lee y acaricia el lomo con cariño, como si se tratase de un amigo.

Tiene los ojos enfermos de tanto leer. Cuando yo estaba allí entró el padre, que es grande y tosco como él, y, acariciándole la cabeza, dijo: "¿Qué te parece este testarudo mío? Estoy seguro de que llegará a ser algo".

No sé por qué, pero nunca me atrevo a bromear con él, me parece demasiado serio y demasiado hombre. Al despedirse de mí en la puerta, sólo me dijo: "Hasta la vista", y poco me faltó para decirle respetuosamente: "Beso a usted la mano".

Cuando llegué a mi casa, le conté a mi padre que, a pesar de ser un chico tosco,

algo ridículo y no tener talento, me infundía respeto. Mi padre contestó: "Porque lo aprecias".

Martes 10. - Pues sí, es verdad que aprecio a Estardo, pero también me gusta Precusa, el hijo del herrero, el chico pequeño, pálido, que siempre parece que esté asustado y algo triste. A pesar de estar enfermo estudia incansablemente. Su padre, al llegar a casa por las noches, le pega, porque está borracho, sin motivo alguno. Llega a la escuela con la cara hinchada y los ojos rojos de tanto llorar, pero cuando alguien le pregunta: "¿Te ha pegado tu padre?", él contesta: "No, mi padre nunca me pega", para no dejarle en mal lugar. Y a veces, el profesor, ante alguna hoja rasgada o quemada de sus deberes, le pregunta: "¿Esta hoja la has estropeado tú?", él contesta invariablemente: "Sí, se me cayó en la lumbre", o "Se me arrugó sin querer; pero todos en clase sabemos que fue su padre; que, al llegar a casa borracho, dio un puntapié en la mesa y rodaron los deberes y los libros.

Precusa vive con su familia en una buhardilla de nuestra casa, en la escalera de al lado, y la portera se lo cuenta todo a mi madre; una vez, mi hermana Silvia le oyó gritar porque su padre le había pegado y le había echado por la escalera, porque el chico le había pedido dinero para comprar un libro de texto. El padre bebe y no trabaja, y la familia se muere de hambre. ¡Cuántas veces va el pobre niño a la escuela en ayunas, y come a escondidas algún pedazo de pan que le lleva Garrón o una manzana que le da una antigua maestra!

Algún día ha ido su padre a buscarle; se le ve tambaleante, con el semblante torvo y como pensando en otra cosa; pero Precusa corre hacia él sonriente y hace un gesto como de abrazarle y el padre ni le mira. ¡Pobre chico! Se arregla los puños de las camisas con alfileres, pide prestados los libros para estudiar y se recose los cuadernos rotos. Y, en cambio, estudia mucho; sería de los primeros de clase si tuviera medios y tranquilidad. Esta mañana ha venido a clase con un arañazo en la mejilla. Unos le han dicho: "Esta vez no puedes negar que ha sido tu padre; vete a decírselo al director para que vaya la autoridad", sin embargo él, casi llorando, ha gritado: "¡Mi padre no me pega nunca! ¡Nunca!" Pero luego en la clase estaba triste y lloroso.

Mañana vendrá a casa Deroso, Coreta y Nelle, el jorobadito, y quiero que venga también Precusa, para hartarle de pasteles y de diversiones, para verle sonriente y feliz.

Jueves 12. - Hoy ha sido una de las tardes mejores del curso. Han venido a casa mis tres amigos. A Precusa no le dejó venir su padre. Al llegar, Coreta y Deroso se venían riendo todavía porque en la calle se encontraron con Crosi, el hijo de la verdulera, que llevaba una gran col que tenía que vender en el mercado y, con el dinero que le dieran, comprar un cuaderno y un lápiz. Además, iba muy contento porque en su casa habían recibido carta de su padre desde América, diciendo que le esperasen uno de estos días.

Deroso y Coreta son los chicos más alegres de la clase; mi padre pasó muy buena tarde admirándoles. Coreta había trajinado toda la mañana con leña, repartiendo de acá para allá y, en cambio, estaba alegre y muy ágil, se interesaba por todo y hacía muchas preguntas. Siempre está hablando de su padre; se ve que quiere mucho a su familia.

Deroso se aprendió en una hora un discurso que tiene que pronunciar en la escuela acerca de la conmemoración de la muerte de Víctor Manuel. Además, estuvo hablando de Geografía, de la cual sabe tanto como un profesor. Cerraba los ojos y decía: "Veo toda Italia, sus Apeninos cruzándola, con los ríos que corren por aquí y allá...", y decía los nombres con tanta rapidez y seguridad como si los tuviera viendo.

Nelle también le admira y sonrió durante toda la tarde con su semblante triste y

melancólico.

La última satisfacción fue ver cómo mis tres amigos se iban para su casa: Nelle iba entre Deroso y Coreta, que son mucho más altos y fuertes que él, riendo como nunca.

Al volver al salón me di cuenta de que faltaba el cuadro de Rigoletto, el bufón jorobado. Mi padre lo había quitado por la mañana para que Nelle no lo viese.

Sábado 21.- Franti es un malvado y por eso yo lo odio. Cuando alguien llora, él se ríe; cuando puede, pega a los pequeños. Teme a Garrón, pero a sus espaldas pega al albañilito.

Hay algo perverso en aquellos ojos torvos, en aquella frente estrecha. No gusta a nadie; lleva los cuadernos y los libros rotos y de aspecto desagradable. Dicen que su madre está enferma de los disgustos que le da, y que su padre le ha echado de casa tres veces.

Su madre va de vez en cuando a pedir informes al colegio, y siempre se va llorando. Franti odia el colegio y a los profesores, y también a sus compañeros. Nuestro profesor ha tratado, por todos los medios, de corregirle por las buenas, haciéndole reflexionar, pero todo ha sido en vano. Le sacaron de la escuela por tres días, pero volvió más insolente que antes. Cuando el profesor le riñe, se cubre el rostro con las manos como si llorara, pero en realidad está riendo. Deroso trató de hacer algo por él, de ayudarlo, pero Franti le amenazó con clavarle un clavo en el vientre.

Esta tarde, cuando el profesor le estaba dando a Garrón el cuento mensual para que lo copiara, Franti puso un petardo que estalló en medio de la clase. Como se reía, el profesor comprendió enseguida quién había sido, y gritó muy enfadado: "¡Franti! ¡Fuera de la clase!" Como no quería moverse, el profesor ha tenido casi arrastrarle hasta el despacho del director.

Cuando ha vuelto se le veía muy compungido y nos ha dicho: "¡Hijos míos, tantos años, y ahora esto!", y todos le veíamos tan triste que Deroso se ha levantado y ha dicho en nombre de los demás: "Señor profesor, nosotros le queremos mucho". Nos ha mirado con cariño y ha dicho: "Gracias, hijos. Roguemos por Franti y sigamos con la lección".

Lunes 23.- Éste es el cuento de este mes; se llama "El tamborilero sardo": En el primer día de la batalla de Custoza, el 24 de julio de 1848, sesenta hombres de un regimiento de infantería que habían sido enviados a una loma para ocupar una casa solitaria, se vieron asaltados por los soldados austríacos, que apenas les dieron tiempo para refugiarse en la casa y reforzar la puerta. Asegurada ésta, nuestros hombres se distribuyeron entre las distintas ventanas para hacer fuego y alejar a los atacantes; pero los sitiadores, acercándose poco a poco, respondían a los disparos.

Mandaba a los italianos un capitán viejo, seco y severo, que, firme como una roca, daba órdenes sin parar. Iba también con ellos un tamborilero sardo, un niño de catorce años que apenas aparentaba doce. Éste miraba desde la ventana más alta de la buhardilla el humo de los disparos, y las banderas blancas de los austríacos, que avanzaban lentamente.

La casa estaba situada en lo más alto de una pendiente y sólo los flancos y la fachada eran atacados por las balas. Éstas destrozaban las tejas y desconchaban las paredes, rompían todo, entre silbidos que aterrorizaban.

Cuando un soldado caía frente a una ventana, era echado a un lado; algunos iban de habitación en habitación apretándose la herida; en la cocina había ya un muerto. Llegó un momento en que el capitán se vio verdaderamente apurado, y entonces llamó al tamborilero y le dijo: "Muchacho, ¿tú tienes valor?"; "Sí, mi capitán", respondió.

Entonces, seguidos de un sargento que anotó algo en un papel, llegaron hasta la

buhardilla desde donde se divisaba un destacamento de italianos a lo lejos. El capitán dijo: "Toma este papel, guárdatelo bien; quítate la mochila. Desde la ventana puedes descolgarte hasta llegar al llano; como esta parte no está atacada, estarás fuera de peligro. Corre con todas tus fuerzas y llega hasta donde están los nuestros. Piensa que nuestra salvación depende ahora de ti". El muchacho se ató la cuerda a la cintura, se guardó el papel en el pecho, y dijo: "No se preocupe, mi capitán".

Poco tiempo después, el tamborilero corría cuesta abajo hacia el destacamento italiano. Ya esperaba el capitán que el muchacho no fuera descubierto, cuando cinco o seis nubecillas de polvo le advirtieron que estaban disparando contra él. Pero el tamborilero seguía corriendo; de pronto, el capitán le vio caer al suelo, "¡Muerto!", exclamó; pero al poco rato vio que se levantaba de nuevo y proseguía, aunque cojeando. El capitán pensó que se habría torcido un pie. A ratos, el chico se paraba como para descansar, y después corría de nuevo tomando nuevos bríos. El capitán pensó: "Quizá una bala le ha rozado un pie o la pierna. ¡Ánimo, muchacho! ¡De ti dependemos! ¡Si no llegas pronto, tendré que entregarme y caer prisionero o, si no, mis soldados morirán todos!"

Entonces, el sargento subió para decirle que los austríacos, sin dejar de hacer fuego, habían hecho ondear una bandera blanca para preguntarles si se rendían; el capitán ordenó que no se respondiera, pero bajó para ver cómo estaban sus hombres. Muchos parecían borrachos, vagando de un lado para otro, heridos mortalmente; otros tenían miedo y se escondían; muchos cadáveres yacían por los suelos. El oficial les gritaba: "¡Ánimo! ¡Resistamos un poco más! ¡Van a venir refuerzos!", pero, a pesar de esto, la fuerza flaqueaba en los sitiados, y los austríacos avanzaban cada vez más.

Llegó un momento en que el ataque fue muy duro y el oficial de los atacantes dijo: "¡Rendíos! ¡No!", contestó el capitán, y el fuego se hizo más duro por ambas partes.

Pocos instantes después se oyeron los redobles del tambor de los refuerzos italianos. A lo lejos se veían los gorros de los carabineros, que iban con las espaldas desnudas haciendo molinete sobre sus cabezas; hubo unos momentos de desconcierto entre los austríacos, que tuvieron que organizar la defensa hacia el otro lado. Por ambas partes se redoblaron los esfuerzos y aquel día, a pesar de la valerosa resistencia que hicieron los austríacos, éstos fueron vencidos y tuvieron que retirarse a la mañana siguiente hacia el Mincio.

El capitán, que tenía una herida en la mano, salió con sus soldados y llegó al hospital, que había sido instalado no lejos de allí. Se puso a buscar a su teniente, que estaba con el brazo roto, cuando al pasar cerca de una cama, una voz le llamo: "¡Mi capitán!" Era el tamborilero sardo. "¡Hola, muchacho! ¿Eres tú? ¡Muy bien! Has sido un valiente. Sin ti hubieran muerto muchos de los nuestros y habríamos tenido que rendirnos al final. ¡Eres un valiente!" "Ya ve usted; se dieron cuenta enseguida, y comenzaron a tirarme, hubiera llegado veinte minutos antes si no fuera por la herida. Suerte que encontré pronto a un jefe del Estado Mayor, a quien di la esquela. En fin, he hecho lo que he podido; estoy contento. ¡Mi capitán! Está usted herido". El capitán se mira la mano. "No es nada, un rasguño". El muchacho insistió: "¡Déjeme que se lo vende!"; pero, al incorporarse, tuvo que desistir porque su debilidad era manifiesta, y cayó sobre la almohada. "¿Has perdido mucha sangre?", preguntó el capitán. "Algo más que sangre", y abriendo la colcha mostró que no tenía más que una pierna. La otra había sido amputada más arriba de la rodilla. Al pasar por allí el médico dijo: "Ha sido una verdadera lástima; esta pierna hubiera podido salvarse con nada, si no hubiera sido por el esfuerzo a que fue sometida. Entonces sobrevino la hinchazón y tuvimos que amputar. No ha exhalado ni un grito ni derramado una sola lágrima. Estoy orgulloso de que este muchacho sea italiano". El capitán se quedó mirando al tamborilero y, lentamente, se quitó el gorro. El chico se asombró: "¡Capitán! ¿Por mí?", a lo que el capitán contestó: "Sí,

hijo mío. Yo seré un capitán, pero tú eres un gran héroe".

Después, aquel hombre, que nunca había tenido un detalle amable con un inferior, se arrojó en los brazos del muchacho y le besó, repitiendo: "¡Que Dios te premie! ¡Eres un héroe!"

Martes 24. - Mi padre leyó el cuento y le gustó mucho; luego me encontré una cartita suya en mi almohada; dice: "Ahora que has leído el cuento de "El tamborilero sardo", te será fácil escribir un tema de la composición semanal: "Por qué se ama a Italia". ¿No te vienen a la mente cien respuestas? Porque mi madre es italiana; porque bajo su tierra están enterrados mis mayores; porque en Italia está la ciudad donde he nacido y he vivido siempre; porque mi lengua es la italiana; porque mis hermanos, mis hermanas, mis amigos, la tierra que me rodea, la Naturaleza que admiro es italiana. ¡Hijo mío! ¡Quizá todavía no puedas sentir en tu pecho lo que esto significa! Lo sentirás cuando seas hombre, y se despertará en ti esa fuerza cuando oigas injuriar a tu patria quizá en un país extranjero. Lo sentirás el día en que, Dios no lo quiera, un país enemigo intente implantar sus leyes en tu tierra".

"El amor a la patria es algo grande y sagrado, tanto, que si un día hubiese guerra y sólo tú volviesses de un regimiento vencido, y yo supiese que había sido porque te habías escondido por cobardía, yo, tu padre, no podría quererte ya tanto, y moriría con pena en el corazón. Tu padre".

Miércoles 25. - Como era de esperar, también Deroso ha conseguido el primer premio a la mejor composición sobre la patria. ¡Y Votino, que estaba tan seguro de conseguirlo! Yo antes quería a Votino, pero ahora le veo tan envidioso, ya no me gusta. Sólo estudia para competir con Deroso, pero éste le da cien vueltas en todas las asignaturas.

También Carlos Nobis tiene envidia, pero es demasiado orgulloso para demostrarlo ante los demás. Votino, en cambio, dice que el profesor comete injusticias, que Deroso es el favorito y por eso se lleva todos los premios y las mejores notas. Cuando Deroso responde de forma correcta, cosa que ocurre siempre, Votino se ríe con risa de conejo, y todos los de la clase nos volvemos para mirarle la cara de rabia.

Esta mañana se ha delatado claramente. Cuando el profesor ha anunciado las notas, ha dicho: "Primero de la clase, con diez décimas y medalla: Deroso", Votino ha estornudado estrepitosamente. El maestro le miró y dijo: "Votino, no dejes que se apodere de ti la serpiente de la envidia. Es el peor mal que puede atacar a un hombre". Todos le miramos menos Deroso, y Votino se quedó muy cortado.

Entonces, Votino se sentó y se puso a escribir un papel para Deroso, que ponía: "Yo no envidio a los que ganan los primeros puestos de una manera injusta".

Quería mandárselo a Deroso, yo me di cuenta de que algunos que estaban junto a él hacían una gran medalla de cartón y dibujaban una serpiente negra sobre ella.

El profesor tuvo que salir un momento y, entonces, éstos se levantaron y se la dieron solemnemente a Votino. Éste palideció de rabia. Deroso gritó: "¡Dádmela!", y la rompió.

Cuando el profesor entró de nuevo, todo volvía a estar en calma. Yo vi cómo Votino doblaba el papel que había escrito en infinidad de dobleces, que lo masticaba un poquito y lo tiraba debajo del banco. Al salir de la clase, Deroso, siempre noble, le ayudó a colocarse el abrigo y a abrocharse el cinturón. Votino no se atrevió a levantar la vista.

Domingo 29. - Hoy he recibido una cartita de mi madre: "Mi querido Enrique: Me ha gustado mucho lo que me has contado que ha dicho hoy el maestro en clase de Religión. Es cierto. Cuando tu padre y yo muramos, nos encontraremos en otra vida, allí quien en ésta ha sufrido mucho tendrá su compensación. Pero todos

debemos hacernos dignos de esa vida".

"Cada buena acción tendrá su recompensa. Propónte cada día ser mejor que el anterior, para que tu padre y yo podamos sentirnos orgullosos de ti, y que tú puedas decir todas las noches: "Padre, madre, hoy besáis a un niño mejor y más bueno que el que besasteis ayer".

"Tú no puedes saber la ilusión y alegría que yo experimento cuando te veo de rodillas, rezando. Piensa que en el cielo nos encontraremos todos. ¡Dios mío, qué felicidad! Volver a ver a mi madre, a mis hijos, a mi querido Enrique a quien podré abrazar por toda la eternidad. Sé bueno para que podamos encontrarnos allí algún día. Un beso. Tu madre".

Febrero

Sábado 4.- Esta mañana vino a repartir los premios al colegio un inspector. Hizo varias preguntas a algunos niños, y luego entregó la primera medalla a Deroso; antes de dar la segunda estuvieron hablando un rato él, el director y nuestro profesor. ¿A quién le correspondería? Había varios merecedores de ella. Entonces, el inspector se levantó, con su traje negro y su barba blanca, y dijo: "La segunda medalla se la otorgo a Precusa; no sólo por sus excelentes trabajos sobre Aritmética, Caligrafía y todo lo demás, sino, también, por su buena conducta, voluntad y amor filial". Precusa se quedó tan asombrado que no sabía ni salir a buscar la medalla.

El inspector, antes de colocársela, le miró aquellas ropas remendadas y grandes, aquellos zapatos rotos, la palidez de sus ojos hundidos que denotaban el sufrimiento de su vida. Entonces le dijo: "Precusa, a ti te toca la medalla, no sólo por tu inteligencia, sino por tu buena voluntad y por tus cualidades personales. ¿No es verdad que también la merece por eso?", preguntó a la clase. Todos contestamos que sí a la vez.

A la salida estaba el padre de Precusa esperándole, con su expresión de borracho, su gorra medio caída y tambaleándose. El inspector, muy jovialmente, como si le conociera de toda la vida, se le acercó, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo: "Buenos días, señor. ¿Éste es su hijo? Pues le felicito, porque ha conseguido la segunda medalla entre cincuenta y cuatro compañeros. Es muy inteligente y hará carrera. Puede usted estar orgulloso de él, se lo aseguro". El herrero, como si no comprendiera, miraba al inspector y a su hijo, como si hasta aquel momento no entendiera cuánto había hecho sufrir al pequeño, le cogió torpemente la cabeza y ala apretó contra su pecho.

Domingo 5.- La medalla otorgada a Precusa despertó en mí una especie de remordimiento; yo todavía no he ganado ninguna y, de un tiempo a esta parte, estoy descontento de mí. Y mi profesor, mi padre y mi madre también lo están. No sé qué me pasa. No hago los deberes con el entusiasmo de antes, ni siquiera luego voy a mis juegos contento.

Tampoco me siento con alegría a la mesa con los míos. Sobre todo cuando por las noches veo grupos de muchachos que, riendo y golpeándose la espalda, pasan por la plaza con los trajes blanqueados de cal, o negros de carbón, o llenos de pintura. Pienso que ellos son felices porque ganan su pan, y hasta se ponen a estudiar por las noches, mientras que yo no he hecho nada más en la vida que emborronar cuatro páginas y aprenderme algunas lecciones de mala gana.

¡Sí! ¡Estoy descontento! Y veo que mi padre está de mal humor, pero no me dice nada porque espera todavía. Yo sé que puedo estudiar, tener comida y comodidades gracias a mi padre, a su esfuerzo y a su trabajo, pero yo no lo aprovecho.

¡No te preocupes, padre mío! Desde hoy mismo voy a comenzar a estudiar en

serio, como Estardo; a apretar los puños sobre las sienes y levantarme al alba. No me importaría incluso enfermar con tal de no llevar esta vida inútil.

Viernes 10.- Ayer vinieron a casa Precusa y Garrón. Crosi no pudo venir porque al fin había llegado su padre de América, después de seis años de ausencia. Precusa llevaba la medalla, y estaba muy contento porque su padre estaba de nuevo trabajando en la fragua y hacía cinco días que no bebía. Enseguida saqué mis juguetes, y se maravilló al ver mi tren, que se le da cuerda y anda por las vías, tiene un montón de vagones y es muy bonito. Precusa nunca había visto un tren así y estuvo toda la tarde entusiasmado.

Viéndole así, con su cuellecito tan frágil, su palidez, sus ropas grandes y sus manitas, hubiera querido darle todo lo que poseo. Pensé enseguida regalarle el tren, pero tenía que pedir permiso a mi padre. Entonces recibí un papelito escrito por él que decía: "A tu amigo Precusa le gusta mucho el tren. Él no tiene juguetes. ¿No te dice nada tu corazón?"; entonces corrí hacia él y le dije: "Toma"; me miró muy sorprendido, sin responder. "Es tuyo, tómalo". "Pero, ¿por qué?" Mi padre le dijo: "Enrique te lo regala porque es tu amigo y te quiere..., para celebrar tu medalla".

El pobre Precusa se quedó tan sorprendido que no sabía qué decir. Al irse sonreía y pedía perdón. Me dijo: "Un día puedes venir a mi fragua, donde trabaja mi padre, y te daré unos clavos".

Sábado 11.- La soberbia de Carlos Nobis es ya excesiva; incluso se limpia el traje cuando Precusa le roza; le gustaría tener un pupitre para él solo.

Envidia a Deroso porque es el primero, y desprecia a Garrón, ni le mira. Coreta le dijo un día: "¡Vete con Deroso a ver si te enseña modales!" Y todo esto porque su padre es muy rico; pero también el padre de Deroso lo es.

Ayer fue a quejarse al profesor porque el calabrés le había tocado la pierna con el pie. El profesor preguntó al calabrés: "¿Lo has hecho expresamente?"; éste contestó que no, y entonces dijo: "Nobis, creo que eres demasiado quisquilloso"; a lo que él contestó: "¡Se lo diré a mi padre!"

El profesor se enfadó y dijo: "Sabes perfectamente que tu padre no te hará caso, como otras veces. Además, en el colegio soy yo el que juzga y castiga. Mira, Nobis, debes tratar de cambiar algo. No seas tan soberbio. Aquí hay ricos y pobres, y todos se llevan bien. ¿Por qué no has de hacer tú como los demás? Bien poco te costaría que todos te quisieran y así estarías más contento. ¿Qué? ¿No me contestes nada?" Nobis dijo: "No, señor". El profesor terminó diciendo: "Me das pena; eres un muchacho sin corazón".

Cuando se sentó en su sitio, el albañillito se volvió hacia Nobis y le puso un hocico de liebre tan gracioso que toda la clase se echó a reír; el maestro le regañó, pero no podía por menos que reírse también. Nobis se reía, pero entre dientes.

Lunes 13.- Ni Nobis ni Franti se conmovieron esta mañana ante un hecho que a todos nos ha dejado tristes. Al salir de la escuela vimos que venía por la calle un grupo de gente con tres guardias municipales, corriendo. Llevaban una camilla con un hombre. Estaba herido; nos dijeron que era un albañil que había caído de un andamio desde el cuarto piso.

Estaba mirando, cuando un brazo me empujó: era el del albañillito que, pálido y tembloroso, miraba para tratar de ver de quién se trataba. Detrás iba una mujer con un crío en brazos gritando: "¡Está muerto!"; todos le decían que no, pero ella seguía gritando. El albañillito estaba tan descompuesto, que mi padre le ha dicho: "Anda, muchacho, corre a casa que allí encontrarás a tu padre sano y salvo". Él echó a correr, mirando hacia el cortejo de vez en cuando.

Yo sí que estoy tranquilo cuando estoy en el colegio, porque sé que mi padre está trabajando en su despacho, en casa, a salvo de cualquier accidente; pero muchos

de mis amigos temen por sus padres, que trabajan de albañiles, de maquinistas, de torneros, de serradores.

Viernes 17.- Ayer ocurrió la cosa más extraña del año. Fuimos mi padre y yo por los alrededores de Moncalieri, para ver alguna finca que nos alquilasen para el verano, pues este año ya no iremos a la que teníamos en Chieri.

El que tenía las llaves de una que nos interesaba era un maestro, muy viejo ya y retirado; después de enseñarnos la casa nos hizo entrar en su habitación, donde nos ofreció unas bebidas; había allí multitud de objetos extraños; mi padre se puso a mirar atentamente un tintero tallado en madera.

Al ver que lo miraba, el viejo maestro decidió contarle la historia de aquel tintero. "Le tengo en mucha estima. Hace unos años estuve en Turín dando lecciones a los presos. Explicaba las lecciones en la capilla, que era una especie de sala redonda, de altas paredes, por cuyas pequeñas ventanas entraban algunos rayos de luz. Los presos estaban cada uno en su celda y escuchaban la lección desde sus ventanillas de barrotes. Yo paseaba entre ellos, viendo solamente sus caras sombrías, enmarañadas por las barbas".

"Entre ellos había un preso, en número setenta y ocho, que aprendía con mucho interés. En tres meses supo ya escribir y leer, pedía libros y cada vez se interesaba más por las lecciones. Un día me hizo una seña desde la reja para que me acercase; al hacerlo me dijo: "Señor maestro, mañana me voy de esta prisión porque me han destinado a la de Venecia. Permítame que le bese la mano en señal de agradecimiento. Usted me ha hecho mucho bien". ¡El pobre hombre! Me enteré que era más desgraciado que un criminal; era ebanista, y un día tiró un cepillo a la cabeza del patrón, que venía persiguiéndole desde hacía tiempo, con tan mala fortuna que le hirió mortalmente. Por eso le condenaron a varios años de cárcel, y el pobre, cuanto más se instruía más se arrepentía de su delito. Pasaron varios años, y el otro día vino aquí un señor de aspecto triste y melancólico, bastante mal vestido. Me preguntó si yo era fulano de tal; le dije que sí, y le pregunté a mi vez quién era. Me dijo, con voz emocionada: "Yo soy el preso número setenta y ocho; yo le recuerdo con mucho cariño y gratitud. Mire, en este tiempo he labrado este tintero. ¿Quiere hacerme el favor de aceptarlo en memoria mía?", yo me quedé tan sorprendido que no sabía qué hacer. Entonces, el hombre, creyendo que no quería aceptarlo, se lamentó: "¡Dios mío! ¡Seis años de sufrimiento no han bastado para purificar mis manos!" Me pareció tan intensa la pena de aquel hombre, que inmediatamente cogí el objeto y aquí está".

Así terminó la historia; mi padre y yo miramos atentamente el tintero; estaba hecho con una gran paciencia.

Nos fuimos de allí, y tanto me impresionó esta historia, que durante todo el trayecto no dejé de pensar en ella. Incluso soñé por la noche. A la mañana siguiente, en el colegio, me pusieron al lado de Deroso; en un momento de descanso le conté la historia del preso. Éste se quedó sorprendido y me miraba tanto a mí como a Crosi, el hijo de la verdulera. Luego me dijo que Crosi le contó que su padre había traído un tintero tallado en madera como el que yo le había contado. Además, era coincidencia. Seis años estuvo en América el padre de Crosi, y seis años el de la cárcel. Me contó Deroso: "Probablemente, su madre le mintió, porque cuando ocurrió el delito Crosi era muy pequeño. Él no sabe nada de eso. Mira, ayer vino a buscarle su padre, hoy vendrá también seguramente. Tú haz lo que yo haga".

Durante la clase, Deroso pasó un problema de Aritmética a Crosi; luego le dio una hoja, y al final le quitó de las manos el cuento de este mes, que tenía que copiar, para hacerlo él en su lugar.

A la salida estaba esperando efectivamente su padre; un hombre de barba negra, pobremente vestido y con expresión triste. Deroso cogió la mano de Crosi y apretándola, dijo: "¡Hasta la vista, Crosi!", y luego acarició la barba del padre. Yo

hice lo mismo. Su padre nos miraba complacido, pero en sus ojos se leía una inquietud que nos impresionó.

El padre había salido el año anterior para ir a trabajar a Francia y volvía ahora a su casa; pero al desembarcar en Nápoles, se puso tan repentinamente enfermo que no tuvo más remedio que quedarse en el hospital, y sólo tuvo tiempo de escribir cuatro letras para decir a su familia dónde se hallaba. La mujer, llena de angustia, no podía ir, por tener una niña enferma y otra muy pequeña, y mandó al chico con unos dineros para atender al padre, a quien todos llamaban Chacho. El chico preguntó al portero por su padre, y al final, después de varias averiguaciones, le mandaron al fondo de una larga sala llena de enfermos, y abrieron unas cortinillas, diciendo: "Aquí está tu padre"; el chico entró y se puso a llorar, abrazándole. ¡Pobre Chacho!, ¡qué cambiado estaba! ¡No le hubiera reconocido! Estaba muy mal, se veía claramente. Parecía más viejo y más cansado. El enfermo abrió los ojos un momento y pareció reconocerle. El chico decía: "¡Chacho! ¡Chacho! ¿No me reconoces? Soy yo, ¡tu Cecilio!" Pero el hombre volvía a dormirse sin responder nada.

Se sentó llorando en una silla y se puso a esperar hasta que pasara el médico a hacer visita. Pensaba en su padre los días de la partida, de las esperanzas que toda la familia había puesto en aquel viaje. Pero ahora veía a su padre muerto, a su madre de luto y a todos en la miseria. Poco tiempo después pasó una monja, que le preguntó: "¿Qué haces aquí, muchacho?" "Estoy para ver cómo se encuentra mi padre. He llegado esta mañana del pueblo". "No te preocupes. Pasará el doctor". Al llegar éste a donde estaba el Chacho, le miró, le auscultó y dijo simplemente: "Seguir con el tratamiento". Cecilio le miraba: "Por favor, dígame qué tiene mi padre". "¿Es tu padre? Tiene una erisipela facial. Ten ánimo. Tu presencia puede hacerle mucho bien". "¡Pero si no me ha reconocido!" El médico le miró a los ojos: "Pero quizá mañana lo haga. Ten fe".

Cecilio no se atrevió a preguntar más cosas. Se consolaba espantando las moscas al enfermo, dándole agua, apartando los cabellos, arreglando la cama. A la mañana siguiente, en efecto, pareció que el enfermo le reconocía algo y le sonrió.

Así pasaron cinco días, durante los cuales el enfermo se acostumbró a la vista del chico y no quería tomar medicamento si no era de su mano; el muchacho enflaquecía, pues, absorbido por el cuidado de su padre, no se preocupaba de él mismo, y sólo comía algo que la hermana le traía de vez en cuando.

El quinto día, el enfermo se puso peor de repente y el médico, al verle, hizo un gesto como diciendo: "Esto está acabado". Cecilio estaba llorando apoyado en la cama, cuando una voz, que resonó en el pasillo, le hizo dar un salto. Se asomó y se quedó clavado del asombro. Allí, a pocos pasos de él, estaba el Chacho.

El hombre se volvió de repente y gritó: "¡Cecilio!" Ambos se abrazaron y besaron, y el chico contó sus penas y lo que había sufrido esos días pensando que se estaba muriendo.

"Pero, ¡cómo!, ¿te mandaron al lecho de otro enfermo? Yo estaba desesperado al no verte, pues tu madre me escribió diciendo que te había enviado. Yo ya estoy bien, no ha sido nada. ¿Cómo está Conchita? ¿Y la pequeña? Anda, vamos, que tengo ganas de abrazarlas a todas. ¿Qué te pasa? ¿No vienes?" "Es que, padre..., he estado estos días con este hombre y le quería y le cuidaba porque pensaba que eras tú; yo ya iré mañana o pasado". "Como quieras, hijo, quédate si es tu gusto. Toma dinero para lo que necesites. Te esperamos, adiós" Y le cubrió de besos de nuevo.

El niño se sentó al lado del viejo enfermo, y siguió su oficio de enfermero sin llorar más, pero con el mismo cuidado y solicitud que antes. Aquella noche el viejo se puso peor y llamaron al médico.

El chico cogió la mano del enfermo. "¡Me ha apretado la mano!", dijo Cecilio; pero en aquel instante había muerto.

"Vete, muchacho, has terminado tu obra. Que seas feliz y tengas suerte en la vida;

te la mereces por el bien que le has hecho a este enfermo", le dijo el doctor. Y el chico se fue, diciendo: "Adiós, Chacho!" No encontró otro nombre que darle sino por el que durante cinco días le había llamado.

Y con paso lento por el cansancio, se fue a su pueblo, dando gracias a Dios por la curación de su padre, y consolado por haber ayudado a morir a un pobre hombre que estaba solo.

Sábado 18.- Ayer vino Precusa a recordarme que tenía que pasarme un día por el taller de su padre, y hoy, al salir de la escuela, le he dicho a mi padre que nos acercásemos.

Precusa estaba sentado haciendo los deberes y su padre trabajando con el aprendiz. Ya no tiene aquel aspecto indiferente y espantoso, sino que parece más sano y más alegre. Al verme me dijo: "¡Vaya! Aquí está el chico que regala ferrocarriles. ¿Has venido a ver cómo se trabaja? Pues lo verás enseguida". Cogió una barra al rojo vivo y comenzó a martillearla hasta darle la forma deseada. Luego nos la enseñó: "¿Qué te parece?"; mi padre dijo: "Sí que está bien hecha. Parece que vuelve a tener ganas de trabajar". El hombre se limpió el sudor de la frente. "Sí que vuelvo a tener ganas, sí, y ¿sabe quién ha sido el que lo ha conseguido? Pues mi hijo".

Al salir, Precusa me dijo: "Perdóname", y me puso un paquete de clavos en el bolsillo. Mi padre me dijo luego: "Tú has regalado tu tren a Precusa, pero aún cuando hubiera estado lleno de oro y diamantes hubiera sido un regalo pequeño para el que ha sabido regenerar el corazón de su padre".

Lunes 20.- Ésta es la semana de Carnaval. Toda la ciudad bulle de alegría ante esta fiesta. Debajo de mi casa se ha instalado precisamente una pequeña compañía veneciana con cinco caballos, que ha montado su toldo de lona.

¡Pobre gente! ¡Qué vida la suya! Hay una mujer que cuida de un bebé, hace la comida, y en las funciones baila sobre una cuerda tensa. Corren de sus carrimatos al circo, abrigados con mantas porque hace mucho frío. Comen dos bocados entre función, y nunca están seguros de cuánto van a ganar, pues aún cuando el cine se llene, puede que venga un aire y se les lleve la lona o se apaguen las luces; entonces tienen que devolver el dinero y pasarse la noche reparando aquello.

Son gentes que ganan honradamente su vida trabajando para divertir a los demás. Mi padre está entusiasmado con ellos, y siempre baja a hablarles y luego nos lo cuenta.

Nosotros fuimos al circo un día, pero estaba casi vacío. No por eso dejó el payasín de hacer sus juegos y gracias con gran entusiasmo. Este chico que hacía de payaso tenía ocho años y era el hijo del dueño del circo. Mi padre se hizo amigo de ellos, y pensó en ayudarles. Escribió un artículo que se publicó en el diario, y un amigo suyo, pintor, dibujó un retrato del niño. A la mañana siguiente, en el circo no había un alfiler. Estaba llenísimo, y vi a muchos de mis compañeros.

Mi padre se fue antes para que no le dieran las gracias, y cuando yo me iba, vino el payasín, que me dio dos besos en señal de agradecimiento. "Uno par ti y otro para tu padre".

Jueves 23.- Nuestro profesor está muy enfermo, y ha venido de suplente el viejo maestro de pelo blanco que había enseñado a ciegos. Habla despacito, como canturreando una melodía, pero habla bien.

Cuando entró en clase, Deroso se levantó y le hizo una pregunta: "Señor, ¿es cierto que usted ha enseñado a ciegos? ¿Podría explicarme algo de ellos?" El maestro se quedó pensativo unos instantes y respondió: "Sí, yo he estado varios años en el Instituto de ciegos. Vosotros decís la palabra ciegos, como si dijerais enfermos, o pobres. Pero, ¿os habéis detenido un momento a pensar sobre ello? Cerrad los ojos por unos instantes y notaréis la tremenda angustia que se siente. Pensad que hay

ciegos que han sufrido mucho, que han sido intervenidos quirúrgicamente muchas veces; otros han nacido así, y nunca han conocido la luz, ni el color, ni el rostro de su madre, ni sus propias manos. Hijos míos, dad gracias al Cielo que ha querido colmaros con la gracia de la visión. ¡Hay cerca de veintiséis mil ciegos en Italia! Pero, al faltarles la visión, se les agudizan los otros sentidos para suplirla en lo posible. Ellos saben la estatura de una persona por la voz; recuerdan las entonaciones durante años. Nosotros, al ver a una persona, la juzgamos por los ojos; ellos, por la voz. Al tacto se dan cuenta de si una cuchara está limpia o no; si la lana está teñida o es de color natural; al pasear por las calles, reconocen por el olor las tiendas por las que pasan, aún aquellas en las que nosotros no distinguimos ninguno".

Garofi preguntó si era verdad que aprendían a hacer cuentas y leer mejor que nosotros. El maestro dijo: "Sí, tienen libros hechos ex profeso para ellos, con las letras en relieve; calculan con gran facilidad mentalmente, porque nada les distrae la vista como a vosotros. Reconocen a su maestro por el andar, por el olfato. Saben si está de buen humor o de mal humor y le profesan más cariño que vosotros. Sienten un gran amor por la música, y tocan muy bien los instrumentos.

Deroso preguntó si podía ir a verles. "Sí, se puede, pero el mejor que vosotros esperéis un poco para ir; es un espectáculo un poco triste ver a todos aquellos jóvenes, niños y niñas, sentados frente a una ventana aspirando el aire que entra por ella, con los ojos fijos en el horizonte, pero sin ver nada. Cuando van sus madres a verlos, les palpan la cara, el cuerpo, las manos, para saber cómo son. No hay ni uno solo de los que de aquel lugar salen, que no estuviera dispuesto a privarse un poco de su propia vida, para dársela a uno de aquellos pobres que no ven la luz, ni el sol, ni a su madre.

Sábado 25.- Ayer fui a visitar a mi profesor, que está bastante enfermo. Mi madre me acompañó pero se quedó en la calle esperándome y yo subí solo. En la escalera me encontré con el profesor Coato, el que da miedo a los niños pero que en el fondo es tan buena persona. Llamé a la puerta y me abrió la criada, haciéndome pasar enseguida a una habitación donde el profesor se hallaba en cama.

"¡Hola, Enrique!, has venido a ver a tu profesor enfermo. Bien, Dios te premiará esta obra de caridad. ¿Qué tal van las cosas sin mí? ¿Bien? Bueno, hombre, ya sé que me tenéis aprecio". Luego me enseñó las fotos de muchos alumnos, que tenía colgadas de la pared, diciéndome que aquella era su familia y que cuando se muriera, su última mirada sería para aquellas fotografías de chicos que él había educado. "¿Me darás también tu fotografía, Enrique?" Le dije que sí.

¡Pobre profesor! Le ha puesto malo el gran trabajo que realiza; cinco horas de clase, una de gimnasia, y luego dos horas por la noche en la escuela de adultos. Come muy deprisa y no descansa lo suficiente, porque en casa tiene que corregir los cuadernos de clase.

Se puso muy pálido y me dijo: "Tengo mucha fiebre. Estoy muy malo, Enrique. Si vuelvo al colegio, acuérdate: firme en Aritmética. Y ahora adiós, no vuelvas a venir; ya nos veremos en el colegio. Dame un beso". Él también me besó en la frente y yo me fui de allí muy triste, corriendo por las escaleras, porque tenía ganas de abrazar a mi madre.

Sábado 25.- "Querido Enrique: Esta mañana, cuando volvías de casa del profesor, te observaba desde una ventana. Tropezaste con una pobre mujer y no le pediste disculpas. Debes ir con cuidado, porque también en la calle hay deberes que cumplir. Si ves a un anciano o a un niño pequeño, cédeles el paso. Si un niño llora solo en la calle, pregúntale qué le ocurre; si a un anciano se le cae el bastón, apresúrate a recogerlo; si dos niños se pelean, sepáralos; si son dos hombres, aléjate por no ver ese espectáculo brutal, que denigra la condición humana". "Responde amablemente a quien te pregunte algo por la calle; no mires a nadie

riendo, porque podrían ofenderse; mira y trata con reverencia a las personas con algún defecto físico, a los ciegos, a los mudos, a los cojos. No pases atolondrado ante ellos y ayúdalos a cruzar la calle".

"Piensa que la cultura de un pueblo se mide también por la educación de sus habitantes y por cómo se comportan en la calle. Ama a Italia, hijo mío, y defiéndela cuando la injurien. Tu padre".

Marzo

Jueves 2.- Ayer por la noche me llevó mi padre a ver las clases de adultos, que se dan en mi mismo colegio. Al llegar nos encontramos con un montón de hombres de todas las edades que entraban. Los había jóvenes y otros de más de cuarenta años; todos contentos y sucios de harina, cal, pintura, barniz, carbón, etc, todos con sus cuadernos entrando deprisa.

Allí vi al joven profesor que le llamaban el abogadillo, dando clase a unos cuantos. También estaba mi profesor, que mañana ya empezará con nosotros de nuevo. Estaban muy atentos. Era gracioso ver a aquellos hombretones ocupando los sitios que nosotros ocupábamos durante el día. Y nos dijeron que algunos estaban sin comer; por no llegar tarde no habían pasado por casa y tenían hambre. Fui a mi clase y en mi sitio estaba sentado un hombre de negra barba con una mano vendada; donde se sienta el albañilito, se sienta también su padre. Él mismo se lo pidió al profesor.

Y a la salida están las madres con los niños, esperándoles y todos se van a casa, contentos y cansados.

Domingo 5.- Franti ha sido expulsado definitivamente del colegio. Ayer hubo un gran revuelo porque varios cristales aparecieron rotos. Un bedel salió corriendo a la calle y atrapó a un niño que pasaba, pero Estardo se presentó enseguida y dijo que había sido Franti, y que éste le había amenazado si le denunciaba. "Pero yo no tengo miedo", añadió.

Mi hermana Silvia vio lo que ocurrió y llegó a casa aterrorizada. Estardo va cada día a clase de las niñas a buscar a su hermana pequeña para llevarla a casa. Franti, que estaba esperándole en la esquina, al verle, dio un tirón tan fuerte a la trenza de su hermana que casi la tira al suelo. Estardo es un poco más bajo que Franti, pero se abalanzó sobre él.

Como es lógico, llevaba las de perder y recibía más que daba; pero no se amedrentaba y seguía la pelea. Por suerte pasaron por allí unos hombres que les separaron, llamando cobarde a Franti y valiente a Estardo, que había defendido a su hermana.

Franti huyó malgrado, y Estardo no tenía otra preocupación que recoger sus libros y cuadernos, y mirar si faltaba alguno. Con el ojo amoratado y la oreja sangrante dijo a su hermana: "Vamos a casa, que hoy tengo que hacer un problema de cuatro operaciones".

Lunes 6.- Hoy ha ido el padre de Estardo a buscarle al colegio, por si Franti hacía acto de presencia. Pero dicen que a Franti lo van a meter en un correccional. También estaba el padre de Coreta, que es su vivo retrato. Ya conozco a casi todos los padres de mis compañeros, de tanto verles a la salida.

Miércoles 8.- Ayer presencié una escena conmovedora al salir del colegio. La madre de Crosi, la verdulera, se ha dado cuenta de que Deroso ayuda siempre a su hijo en lo que puede; y gracias a él aprende más. Parecía, como digo, que quería decirle algo, pero que no se atrevía. Al fin, ayer por la tarde, se decidió: "Oiga, señorito, ¿puedo hacerle este regalito por la ayuda que usted presta a mi hijo?"

Deroso, muy confundido, dijo: "No, señora, muchas gracias. Yo ayudaré a Crosi siempre que pueda porque le aprecio, pero no puedo aceptar regalos". La mujer se angustió: "Pero, ¿no se habrá ofendido, verdad?" "No, no señora, de verdad que lo agradezco; pero yo ayudo a Crosi porque le aprecio".

La buena mujer se quedó la mar de contenta y admirada al ver que el señorito, el primero de la clase, ayudaba a su hijo y, además, no aceptaba recompensas. No obstante, un día el padre de Crosi, a la salida, se puso a hablar con él; le dio las gracias por encargarse un poco de su hijo, y también le preguntó: "Si tanto quiere al hijo, no despreciará al padre, ¿verdad?" Deroso comprendió la pregunta y respondió con el alma en la mano: "¡No, no señor!" El padre de Crosi acarició a Deroso con agradecimiento y, luego cogiendo a su hijo de la mano, se fue.

Lunes 13. - Hoy, día trece, ha sido más alegre que ayer domingo. Hoy es la víspera de la distribución de premios en el teatro Víctor Manuel. El profesor ha entrado muy excitado y nos ha dicho: "Coraci, ¿quieres ser tú mañana uno de los que den los premios a tus compañeros?" Coraci, el calebrés, dijo que sí.

Entonces, el profesor nos explicó que este año se había pensado que entregasen los premios chicos de diferentes provincias de Italia. Entre siete mil alumnos no había sido demasiado difícil encontrar a uno de cada provincia. Y como en nuestra clase teníamos al calebrés, fue elegido uno de los doce representantes de provincia. A la salida, todos le hemos cogido en hombros, gritando: "¡Viva el diputado de Calabria!". Pero no para ridiculizarle, pues es un chico al que todos queremos. Así le hemos llevado hasta la esquina, donde nos hemos encontrado con un señor que se ha puesto a reír. Resulta que era su padre.

Martes 14. - A las dos de la tarde, todo el teatro Víctor Manuel estaba repleto. Había niños, mujeres, hombres, profesores, niñas. En el patio habían puesto dos escaleras; una por donde se subía para recibir los premios y otra por donde se bajaba. La orquesta estaba en su sitio; la galería aparecía llena de profesores y profesoras.

Cuando entré en el palco con mi familia, vi a mis compañeros en el patio de butacas, todos estaban muy bien arreglados, sobre todo los que tenían algún premio o mención honorífica.

A las dos en punto, la banda comenzó a tocar una marcha preciosa; luego salieron las niñas del coro y cantaron unas canciones dulces que fueron aplaudidas. Después de esto, la emoción creció: iba a empezar el reparto de premios.

En todo el teatro había un gran silencio; de pronto, aparecieron por el patio de butacas doce muchachos correctamente vestidos, que se colocaron en filas perfectas. Una voz desde el escenario exclamó: "Ahí tenéis a Italia". Eran doce muchachos de las doce provincias. Enseguida reconocí al calebrés.

Y empezó el reparto por los más chiquitines, hasta que llegó el turno a mi clase. Entonces sí que me divertí. Pasó Coreta enseñando sus dientes blancos y ataviado como un señorito, ¡y quién sabe cuántos kilos de leña habría descargado por la mañana! Luego, Deroso, a quien todos dieron un apretón de manos. También tuvo un premio Roberto, el niño que salvó la vida al pequeño, quedándose un pie bajo el carruaje que iba a atropellarlo. Subió al escenario con muletas, y como varias personas conocían el hecho, corrió la noticia por el teatro y resonó un aplauso unánime para el pequeño héroe.

Lunes 20. - No fue por envidia por lo que he tenido una pelea con Coreta. No, no creo que fuera por eso. Hoy nos han puesto uno al lado del otro y él me ha dado un empujón con el codo, de manera que me ha hecho emborronar una página donde estaba escribiendo el cuento del mes, para el albañilito, que está enfermo. Yo le solté una palabrota. Entonces, él me miró sonriendo y me ha dicho: "No lo he hecho a propósito". Yo debería haberle creído, porque le conozco, pero me molestó

que sonriera, y, al cabo de un rato, le he dado un empujón a propósito, estropeándole la página. Él me dijo por lo bajo: "Tú sí que lo has hecho queriendo. Te espero fuera".

Yo me sentí mal; estaba arrepentido de haberle hecho esta mala acción a Coreta. Él no lo había hecho a propósito.

A la salida, él se acercó a mí; yo cogí la regla y la levanté. Sabía que en este caso mi padre me habría dicho: "Si has sido tú el ofensor, debes pedir perdón"; pero a mí me costaba humillarme. Entonces, Coreta me dijo: "No, Enrique. Olvidemos esa tontería". Yo le abracé con fuerza y nos quedamos muy contentos los dos.

Cuando llegué a mi casa, le conté el hecho a mi padre pensando que se pondría contento, pero en vez de eso se enfadó, porque me dijo que nunca debía levantar la regla sobre un compañero, y que yo debía haber sido el primero que tendiese la mano; y cogiendo la regla, la rompió contra la pared.

Viernes 24.- Éste es el cuento del mes: "Sangre inocente". Aquella tarde, la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre había ido de compras a Forlì; la madre, con una niña llamada Luisita, fue al médico para que la viera y le operase un ojo malo. La mujer que venía a hacer la limpieza se había ido.

Sólo quedaban en la casa Federico y la abuela, que tenía las piernas paralizadas.

Era una casa aislada, detrás de la cual había un seto rodeando un pequeño huerto. Alrededor se extendía la campiña solitaria.

Hacía bastante mal tiempo, y Federico y la abuela estaban sentados en el comedor. El muchacho había llegado hacia las once, roto, sucio de fango y con una señal en la frente. Se peleó con unos compañeros; además, perdió la gorra.

Cuando la abuela le vio llegar en tal estado, le reprendió, diciendo: "Tú no tienes corazón para con tu pobre abuela. Yo te quiero con toda mi alma, ya lo sabes, pero aprovechas los días que tu padre y tu madre están fuera para darme estos disgustos. Me has dejado sola todo el día, sin tener compasión de mí. Tú vas por mal camino, Federico, y debes tener cuidado. Se empieza jugando unos cuartos, luego a otros vicios, hasta llegar al robo..."

Federico escuchaba lo que su abuela le decía con la frente caída y todavía enfurruñado por la pelea. Era un buen muchacho, que se peleaba y jugaba más por exceso de vitalidad que por maldad. Su padre le dejaba libertad para darle más confianza en sí mismo y que pudiese elegir el camino. Además, tenía muy buen corazón, y lloraba arrepentido cuando su abuela le reprendía; por eso, al ver que tanto hablaba y tan apenada parecía, iba a echarse en sus brazos cuando le pareció oír un ruido en la habitación del pasillo. "¿Qué ha sido eso?", preguntó la mujer. "Habrá sido la lluvia"; pero de nuevo se repitió el ruido. Federico se cogió de la mano de su abuela y preguntó temblando: "¿Quién está andando ahí?"

Entonces entraron dos hombres en la habitación, cubierta la cara con antifaces y con dos cuchillos en sus manos. Uno cogió a la abuela y el otro al muchacho, a quien preguntó oprimiéndole el cuello: "¿Dónde guarda el dinero tu padre?" "Allí, en el armario", contestó Federico. Allí fueron, y el ladrón abrió el cerrojo con un alambre y cogió el dinero. Entonces sonaron unas voces por el camino cercano, y el hombre amenazó con el cuchillo: "Si gritáis os degüello", pero hizo un gesto en falso y se le cayó el pañuelo que le cubría el rostro. La abuela dijo: "Monzón", pues había reconocido a un antiguo vecino que siempre había ido por mal camino. El bandido gritó: "Tienes que morir", y alzó el cuchillo para cumplir su propósito, pero al bajarlo se encontró con el cuerpo de Federico, que se había interpuesto, y fue él quien recibió la puñalada.

La luz se había apagado momentos antes, por lo que la abuela no se dio cuenta exacta de lo que sucedía; sólo sintió cómo los dos hombres huían precipitadamente, y a Federico sobre su regazo. "Federico mío; qué susto. Estoy viva, no me ha matado. Anda, enciende la luz. Se han llevado el dinero..., pero tu padre lo había recogido casi todo". El muchacho resbalaba por las rodillas de la

vieja: "Abuela, yo os he hecho enfadar mucho, os he dado disgustos. Perdóname, por favor. ¿Me quieres, abuela?" "Mi querido niño; ¡claro que te quiero! Tú sabes que te quiero mucho, pero enciende la luz, no estemos a oscuras. Me asusta un poco la oscuridad. Todo está olvidado; tú eres un buen chico en el fondo". "Abuela, estamos mejor así, en la oscuridad..., ¿me perdonas de verdad? ¿Sí? Ahora estoy muy contento. Da muchos recuerdos a mis padres, a Luisita; adiós, abuela..., ¿os acordaréis siempre de mí?" "Pero, ¡hijo!, ¿qué te pasa? Enciende la luz"; pero el niño no podía ya contestar. Había entregado valerosamente su alma a Dios para salvar la vida de la madre de su madre.

Martes 28. - El albañillito está gravemente enfermo. El profesor nos dijo que fuésemos a verle, y acordamos ir Deroso, Garrón y yo. Estando hubiera venido, pero como tenemos que hacer la descripción del monumento a Cavour, dijo que tenía que ir a verlo para hacerlo mejor. Sólo para probarle, le preguntamos a Nobis y se excusó; asimismo, Votino. Así que por la tarde, a las cuatro, nos vimos los tres frente a la casa del albañillito. Compramos tres naranjas y subimos. Nos abrió la puerta su padre, el albañil grandón, con la cara desenchajada por las preocupaciones.

"Venimos a ver a Antonio, y le traemos tres naranjas", dijo Garrón. El padre nos hizo pasar. En una cama grande, de hierro estaba Tono, muy delgado y con respiración fatigosa. Estuvimos a su lado durante un ratito, pero no decía nada. El padre nos contó que no había hablado en dos días, y que se le veía muy ausente; diciendo todo esto, el hombre se limpiaba las lágrimas de los ojos. Cuando ya nos íbamos, al bajar por la escalera, salió el albañil gritando: "¡Garrón! ¡Garrón! No te vayas. Tono te acaba de llamar. ¡Si esto fuera una buena señal!" Garrón se despidió de nosotros y subió corriendo. ¡Qué buen muchacho es!

Abril

Sábado 1. - Hoy ha sido el primer día que ha aparecido la primavera. Yo estaba muy contento porque pasado mañana iré con Coreta y su padre a ver al rey, ya que dice el padre de mi amigo que le conoce; y también porque mi madre me ha prometido llevarme este mismo día a ver la guardería. Otro motivo de alegría era que el albañillito está mejor, y se curará.

El profesor estaba de buen humor y explicaba los problemas bromeando. A la salida se extendía el olor a violetas que llevaba la madre de Crosi, la verdulera, y nunca me había sentido tan contento al ver que mi madre me esperaba a la salida, y así se lo dije. "Es la alegría por la primavera y la conciencia tranquila por el deber cumplido", me contestó.

Lunes 3. - A las diez en punto, Coreta y su padre me esperaban en la calle; mi padre me lo indicó y yo bajé rápidamente. El padre llevaba puesta una medalla al valor, entre otras, y parecía más elegante que nunca; nos contaba que hacía quince años que no veía al rey, y nos explicaba cómo era, cómo montaba a caballo, que tenía veintidós años y le llamaba Humberto, como si fuera su amigo íntimo. Coreta le preguntó: "Si el rey te viera, ¿te reconocería?" "Qué va, nosotros éramos miles y él era uno sólo". Recordaba el hombre los días de las batallas, los sufrimientos pasados por todos. Mucha gente quería ver pasar al rey y nosotros no podíamos colarnos por ningún sitio. De pronto, el padre de Coreta nos cogió a ambos de la mano y nos llevó junto a una pared donde no había nadie. Enseguida vino un guardia de la Seguridad diciendo que nos fuésemos con el público, pero el padre de Coreta enseñó la medalla y dijo: "Soy del cuarto batallón del cuarenta y nueve", y el guardia nos dejó tranquilos. "Ah, muchachos; si en los momentos de peligro estaba cerca de mi general, justo es que ahora también le pueda ver de cerca. El príncipe estaba a mi lado, con la espada en la mano para parar las

lanzadas que llegaban hasta nosotros. Aquellos diablos entraron entre los nuestros, y todos corrimos a defendernos. Disipada la humareda de la pólvora, todos nos volvimos y encontramos a nuestro príncipe montado a caballo y gritando: "¿Hay alguien herido entre los míos?"; sin poder contenernos le vitoreamos y luchamos con más ardor al ver su valentía. Siempre ha sido un buen rey; tanto en la guerra como en las calamidades, ha acudido siempre en ayuda del necesitado. Pero, ¡mirad!, ¡ahí llega!"

Miré en aquellos momentos al padre de Coreta, parecía otro. Su frente resplandecía, y al llegar el carruaje frente a nosotros, no pudo contenerse y gritó: "Cuarto batallón del cuarenta y nueve"; el rey, que estaba mirando hacia el otro lado, se volvió y, fijando los ojos en el padre de Coreta, sacó la mano fuera del carruaje; Coreta avanzó y se la estrechó. La multitud se vino encima y por unos instantes nos separamos.

"Poco después volvía a nosotros agitando la mano, y pasándola por la cara de su hijo, le dijo: "Toma, hijo mío, todavía está caliente. Ésta es una caricia del rey".

Martes 14. - Según me había prometido, ayer me llevó mi madre al jardín de infancia de la Carrera Valdoceo. Iba a recomendar a la directora a una hermanita de Precusa. Yo nunca había estado en un jardín de infancia, ¡y cómo me divertí! Allí había doscientos niños y niñas, muy pequeñitos todos; cuando nosotros llegamos era para ellos la hora de la comida. Unos cogían las judías y se las metían en los bolsillos; había quien comía con dos cucharas, y otro se las arreglaba con la manos; alguno se quedaba embobado y no comía.

Las niñas estaban sentaditas, con sus batas y sus coletas con lazos amarillos, rojos, azules. Luego, después de comer, se dirigieron al patio, pero antes cogían cestas de la merienda, donde llevaban un huevo cocido, pasas y ciruelas.

Mi madre andaba entre ellos, acariciándoles, y unos y otros se disputaban por estar a su lado y contarle cosas. Uno le ofreció una cáscara de naranja; otro, un hoja; una niña le enseñaba el dedo donde se veía una pequeña ampollita que se había hecho el día anterior tocando una lámpara.

Las profesoras no podían atender a todos, y los niños se echaban sobre mi madre, con las manos llenas de huevo, de mermelada y de tierra, manchándole el vestido. Pero a mi madre no le importaba el vestido, y seguía acariciando y cogiendo en brazos a aquellas criaturas, y al salir a la calle, despeinada, con manchas en la ropa y con un ramito de flores en la mano, se sentía tan contenta como si saliera de una fiesta.

Miércoles 5. - Como el tiempo sigue muy bueno, nos han hecho pasar de la gimnasia de salón a la de aparatos, que está instalada en el jardín. La madre de Nelle fue a ver al director para decirle que excluyera a su hijo de los ejercicios de aparatos, pero él dijo con mucha decisión que quería hacerlos. Su madre temía que se burlasen de él, pero Nelle dijo: "Me basta que esté Garrón y que él no se ría". En vista de esto le dejaron venir. Teníamos de profesor a aquel tan grande que tenía una herida en el cuello y que había servido con Garibaldi. Nos llevó enseguida a las barras verticales, que son muy duras, y además teníamos que ponernos de pie en la punta. Deroso y Coreta subieron como dos monos; Precusa también lo hizo bien, pero le entorpecía la chaqueta grande que llevaba. Estardo bufaba, se esforzaba mucho y lo consiguió. ¡Qué no conseguiría este muchacho de lo que se propusiera!

Cuando le llegó el turno a Nelle algunos empezaron a sonreírse, pero Garrón cruzó los brazos y lanzó una mirada tan expresiva a su alrededor, que todos comprendieron inmediatamente que soltaría cuatro sopapos a quien dijera algo. Nelle comenzó a subir con gran dificultad; el maestro, cuando llegó a la mitad, le dijo: "¡Baja!"; pero él no hizo caso y seguía. Deroso, Garrón y Coreta le animaban, diciendo: "¡Arriba, Nelle! Ya te falta poco"; al cabo logró llegar al final y, cuando

todo creíamos que ya iba a bajarse, se puso de pie en el último travesaño. Todos aplaudimos entusiasmados.

A la salida, la madre de Nelle le preguntó: "¿Qué tal, hijo mío? ¿Cómo ha ido?"; todos contestaron: "Estupendo. Ha hecho lo de todos"; y la pobre señora no sabía qué decir; acarició a algunos, dio las gracias a Garrón; y se marchó con su hijo cogido del brazo, charlando animadamente.

Martes 11.- Anteayer, leyendo mi padre el periódico, encontró una noticia que le sorprendió; habían dado la medalla al mérito por sesenta años dedicados a la enseñanza a un maestro de escuela llamado Vicente Croseti, y precisamente éste había sido el primer maestro de mi padre. Él creía que estaba muerto porque ya tenía ochenta y cuatro años.

Vive lejos de la ciudad; se tarda una hora en tren. Mi padre decidió que él y yo iríamos a verle. Fuimos ayer por la mañana. ¡Qué excursión tan maravillosa! Su maestro de escuela le traía a mi padre un montón de recuerdos de su infancia, de sus clases, de sus compañeros, de su madre, ya muerta. Habían pasado cuarenta y cuatro años, y, desde luego, mi padre no esperaba ser reconocido. Ayer a las nueve de la mañana estábamos en la estación de Susa. A mí me hubiese gustado que nos acompañase Garrón, pero no pudo porque tiene a su madre enferma. El tren discurría por un campo florido, y mi padre estaba muy contento. De vez en cuando me echaba el brazo al cuello y me hablaba como a un amigo. "¡Pobre Croseti! ¿Cómo habrá venido a para a Turín? Fue el primer hombre que me quiso después de mi padre, y aún recuerdo sus sabios consejos y también sus regañinas, que me dejaban el corazón triste. Tenía las manos pequeñas y gruesas. Aún le veo entrar en la clase, con su bastón. Estaba siempre de buen humor y nos trataba con cariño, como si fuéramos sus hijos. ¡Cuánto habrá cambiado después de cuarenta y cuatro años!"

Al llegar, mi padre ya no hablaba, parecía absorbido por completo por sus recuerdos. De pronto se detuvo, y dijo: "¡Ahí está! Seguro que es él". Por el caminito bajaba un hombre de pelo blanco, muy viejecito y apoyado en un bastón. Mi padre se acercó y le preguntó: "Perdóneme, señor, ¿es usted Vicente Croseti?" "Yo soy", respondió. "Permítame que me presente. Usted no se acordará de mí, pero yo soy un discípulo suyo y he venido a verle desde Turín". El maestro, aunque viejo, conservaba cierto brillo en los ojos, y su expresión era agradable y paciente. "Dígame su nombre, perdone que le haga esta pregunta". Mi padre le dijo su nombre, en qué año había estado con él y en qué pueblo.

El maestro se quedó pensativo unos instantes, mirando al suelo y repitiendo el nombre de mi padre, y por fin dijo: "¿Es usted el hijo del ingeniero? ¿El que vivía en la plaza de la Consolación?" Mi padre sonreía y lo afirmó. "Entonces, permítame que le dé un abrazo". Luego nos hizo acompañarle hasta su casa.

Cruzamos un jardín y llegamos ante una puerta blanca que el maestro nos hizo cruzar. En un lado aparecía una cama muy limpia con una colcha azul; en el otro extremo, una mesa y cuatro sillas y ¡un olor a manzanas riquísimo!

Mi padre y su maestro se sentaron frente a frente. El señor iba recordando muchas cosas; de cuando mi padre estuvo enfermo y volvió al colegio envuelto en un mantón; se acordaba también de mi abuela como de una mujer muy buena. Le preguntó a mi padre la profesión que tenía, y se alegró.

Nos contó que durante muchos años habían pasado por allí hombres importantes que habían sido sus alumnos: un sacerdote, un coronel, varios señores; y nos dijo que hacía muchísimo tiempo que nadie le visitaba. Luego dijo que había dejado la escuela hacía dos años porque comenzó a padecer un temblor en las manos que no le permitía escribir. Al fin, tuvo que retirarse tras sesenta años de enseñanza, y aquel fue un golpe mortal para él; sus días pasaban monótonos y tristes, largos y sin tener nada que hacer; leía revistas de enseñanza, algún libro que le regalaban y repasaba antiguos cuadernos. Vivía de una pequeña pensión al mes.

Luego dijo a mi padre: "Le reservo una sorpresa"; se dirigió hacia una mesita y de un cajón sacó un fajo de hojas. Buscó entre ellas y dio una a mi padre. Era una hoja que él había escrito hacía cuarenta años. Mi padre me la enseñó, llevaba su nombre y estaba corregida. "Cada año adquiriré la costumbre de guardar una hoja escrita de cada uno de los alumnos que he tenido, y las he ido recopilando por años. De vez en cuando las veo y revivo tiempos pasados. Perdí hace poco a mi mujer y a mi hijo, y esto es lo único que me queda. De algunos me acuerdo muy bien. Unos me hicieron pasar muy malos ratos, y otros me dieron grandes satisfacciones. De usted no recuerdo ninguna travesura. Era usted serio y juicioso. Me acuerdo bien de su madre, tan buena y cariñosa".

Mi padre dijo entonces: "Yo, señor Croseti, recuerdo la vez primera que fui a su escuela como si fuera ahora. Mi madre sufría porque era la primera vez que debía separarse de su hijo y dejarlo en manos extrañas. Usted me miró con cariño y, ante las dudas de mi madre, me puso una mano en la cabeza y le envió una mirada que yo, a pesar de mi corta edad, no he podido olvidar; en ella decía a mi madre que ésta no era más que la primera de una serie de separaciones lógicas en la vida de todo ser humano, al mismo tiempo que le daba confianza dejándome en sus manos. Ahora, después de tantos años, le diré lo que nunca pude decirle: Gracias, querido maestro".

El maestro callaba y me acariciaba los cabellos. Mi padre miraba aquella humilde habitación, como preguntándose: "¡Pobre maestro! ¿Éste es tu premio después de tantos años?"; pero el maestro parecía contento y comenzó de nuevo a contarnos cosas de aquellos años; como llegaba la hora de comer, mi padre le invitó a bajar con nosotros al pueblo. El maestro aceptó, pero luego, indeciso, nos confesó que no podía ir a ningún sitio, pues le temblaban demasiado las manos, mi padre dijo: "No se preocupe; nosotros le ayudaremos".

Nos sentamos en una gran mesa con el maestro en el centro. Estaba muy contento y charlaba por los cuatro costados. Mi padre le cortaba la carne, le partía el pan y le echaba sal a los manjares. Para beber, tenía que sujetar el vaso con las dos manos y aún así se movía porque le temblaban.

Hablaba como un muchacho de los otros tiempos; de cuando era joven, de los horarios de clase que había entonces, de los programas, del premio que le habían otorgado, y su cara iba ganando jovialidad y juventud.

Luego se empeñó en acompañarnos hasta el tren y fuimos hasta la estación con él; todo el pueblo le conocía y muchos le saludaban.

Cuando subimos al tren, mi padre cambió el viejo bastón del maestro por el que le llevábamos, que tenía el puño de plata con sus iniciales. Se despidió por la ventanilla, gritando: "¡Hasta pronto, mi buen maestro!" "No, hijo mío, ya no nos veremos más. Hasta allá arriba"; y así se quedó, señalando con una mano temblorosa hacia el cielo.

Jueves 20. - ¡Quién habría de decirme que a la vuelta de la excursión me iba a poner tan malo! He estado diez días en cama y en peligro de muerte. De tres o cuatro días no recuerdo nada y de los otros sólo tengo vagos recuerdos.

Las lágrimas de mi madre; los silencios de Silvia, mi hermana, las visitas del maestro, y de la maestra Delcato, que se esforzaba por contener la tos con un pañuelo. También recuerdo vagamente a Deroso, a Precusa, al albañilito, que ya está bueno del todo, a Garofi, Crosi, Garrón.

Supe que ya estaba mejor al ver las sonrisas de mis padres, y al oír que mi hermana Silvia cantaba. Dentro de poco podré volver a la escuela y jugar con mis compañeros.

Estoy impaciente por salir y volver a verles. Pero mi madre está muy pálida y delgada; debe de haber sufrido mucho con mi enfermedad. Hablé también con mi padre de los compañeros que estuvieron en casa para verme. Cuando termine

cuarto, es posible que ya no les vea más. Con alguno quizá siga en los estudios superiores, pero, ¿y con los demás?

Jueves 27. - "Querido Enrique: ¿Por qué no vas a verles más?; eso dependerá de ti. Aunque sigáis estudios distintos, vais a seguir viviendo en la misma ciudad quizá durante muchos años. Cuando tú vayas a la Universidad, ¿no te gustaría ir a ver a tus amigos, que desempeñarán diversos oficios, para charlar amigablemente con ellos? Irás a ver a Precusa, y al albañillito, y a Coreta, que estará seguramente atendiendo la tienda de su padre. Y quiero decirte otra cosa: piensa que si no conservas estas amistades, será muy difícil que luego las encuentres en el ambiente en que se desenvuelva tu vida. No debes encasillarte en un solo tipo de ambiente, hacer eso sería parecido a leer un solo libro en toda la vida. Procura conservar esta amistad que ahora os une".

"Respetar a tus compañeros hijos de obreros; desprecia las diferencias de clase y fortuna, que sólo cultivan los seres despreciables de corazón estrecho. Quiero que me jures que si dentro de cuarenta años te encuentras con tu amigo Garrón, que trabaja como maquinista en un ferrocarril y lleva la cara negra de hollín, te arrojarás sobre él con un abrazo muy fuerte, aunque seas el Senador del Reino... Tu padre".

Sábado 29. - Cuando llegué a la escuela recibí la mala noticia; la madre de Garrón, que hace días estaba enferma, murió anteayer por la tarde. Ayer nos dijo el maestro: "A Garrón le ha ocurrido la mayor desgracia que puede pasar a un niño. Ha perdido a su madre. Mañana volverá a clase. Os suplico que estéis lo más callados posible, que no juguéis en su presencia, que tengáis tacto con él" . Efectivamente, por la tarde, entro Garrón en clase. Parecía que había enflaquecido e iba con los ojos abultados por el llanto. Cuando se sentó en su banco, donde tantas veces su madre se había reclinado antes de un examen para darle las últimas recomendaciones, y donde tantas veces había pensado en ella, no pudo aguantar un llanto desesperado. El maestro se acercó a él y le abrazó la cabeza, diciendo: "Llora, muchacho; pero no olvides que tu madre está en el Cielo, que te está viendo y la volverás a ver allí, porque tienes un alma buena como la suya". A la salida me estaba esperando mi madre; yo corrí hacia ella para abrazarla, pero ella me rechazaba porque Garrón nos estaba mirando, para no provocar en él tristes recuerdos.

El cuento mensual de abril se titula: "Valor cívico". Trata de la historia real de un muchacho que salvó la vida de otro que iba a perecer ahogado en el río Po. El maestro nos llevó por la mañana ante el palacio municipal para presenciar la entrega de la medalla al valor cívico al muchacho salvador.

El patio aparecía lleno de gente. Entonces empezaron todos a aplaudir. Yo me empuñé sobre las puntillas y pude ver a un hombre que llevaba a un niño de la mano; era el que había salvado a su compañero. El hombre era el padre, un albañil.

Al ver a tanta gente y oír los aplausos se quedaron muy sorprendidos, hasta el punto que un ujier tuvo que empujarlos hacia la mesa.

Luego entraron el alcalde y los diputados; y el primero comenzó un discurso que explicaba la hazaña del muchacho. Al ver a un compañero suyo que había caído al río, que andaba muy revuelto, se quitó la ropa para lanzarse a salvarlo; las gentes que allí estaban le agarraron tratando de impedirlo porque en el estado de las aguas era una locura; pero él se lanzó de todos modos y, después de una tremenda lucha, logró sacarle a flote. Le prestó los primeros auxilios junto a los que esperaban en la orilla, y luego se fue tranquilamente a casa a contar el suceso. Algo admirable.

Luego le impusieron la cruz de la Beneficencia y más tarde se unió el niño salvado;

ambos salieron cogidos del brazo y seguidos de sus padres ante el entusiasmo de la gente.

Mayo

Viernes 5.- Hoy no he ido a clase porque no me encontraba bien y luego he acompañado a mi padre al Instituto de niños raquíticos, a donde iba para recomendar a la hija de la portera. Me hizo aguardar en la puerta de la calle, pues le parecía un escarnio presentarme ante aquellos desgraciados, porque estoy fuerte y bien formado.

Aparte de las deformidades del cuerpo, estaban los sufrimientos que los pobres pequeños tienen que aguantar. Y en sus ojos ¡cuánta inteligencia se lee! Y tienen una gran sensibilidad. Al menos, en el Instituto les cuidan y, mediante medicamentos y ejercicios, algunos se recuperan.

"Ah, Enrique", me dijo mi padre. "¡Vosotros, que no apreciáis la salud en lo que vale, y os parece poca cosa! Es un don de los más grandes que Dios te puede otorgar. Pienso en las madres de estas pobres criaturas, cuánto deben de sufrir".

Martes 9.- Mi madre es muy buena, y mi hermana Silvia es como ella. Esta noche, se presentó Silvia en mi habitación.

Me contó en pocas palabras que anoche había oído una conversación entre nuestros padres, que estaban preocupados porque a papá le ha salido mal un negocio y que ya no había dinero. "Así que tenemos que sacrificarnos para poder salir adelante. ¿Estás dispuesto a sacrificarte? Pues ven".

Fuimos enseguida a ver a mamá, que estaba cosiendo, y Silvia dijo: "Papá no tiene dinero, ¿no es verdad? Enrique y yo queremos decirte que estamos dispuestos a sacrificarnos y a reducir gastos. Yo quería un abanico y Enrique una caja de pinturas. Pues bien, ya no lo queremos, ¿verdad, Enrique?" Yo asentí, y mi madre nos miró emocionada y nos abrazó y besó fuertemente.

Cuando vino mi padre se lo contó enseguida y entre los dos nos aseguraron que Silvia había entendido mal; que ciertamente les había salido mal un negocio, pero que ni mucho menos estábamos en la miseria.

Al la mañana siguiente, Silvia encontró debajo de la servilleta su abanico y yo mi caja de pinturas.

Jueves 11.- Esta mañana, al terminar de copiar el cuento mensual, estaba pensando en el tema de composición libre que el maestro nos había mandado. De pronto, se oyó un griterío desacostumbrado en la escalera.

Eran los bomberos, que llamaron a nuestra casa pidiendo permiso a mi madre para examinar las habitaciones, pues se veía humo que salía por los tejados y no se sabía de dónde provenía.

Mientras trabajaban, mi padre dijo: "He aquí un buen tema para tu composición. Puedes basarla en la experiencia que yo tuve: Los vi trabajando hace dos años, una noche que salía del teatro Balbo. Al entrar en la calle de Roma vi un raro resplandor, la gente corría desesperada. Era que había fuego en una casa; multitud de hombres y mujeres se asomaban a las ventanas lanzando gritos angustiosos; la gente gritaba: "¡Los bomberos! ¡Los bomberos! ¡Que se queman vivos!"

"Llegó al momento un carruaje con cuatro bomberos y se lanzaron al interior de la casa. Entonces una señora que estaba asomada a la ventana salió hacia fuera y se quedó suspendida, con las manos en el antepecho y las llamas lamiéndole la cabeza".

¡Era imposible llegar hasta la ventana donde se encontraba la señora. Sin embargo el jefe de bomberos, que fue el primero que pasó, logró entrar en la casa por otra ventana. Pocos instantes después se le veía aparecer en la ventana donde estaba la señora rodeada de llamas; la mujer se le cogió al cuello y entró en la habitación".

"Pasó largo rato antes de que los bomberos volvieran a aparecer; la multitud decía: "¡Pobres! Se han quemado" pero enseguida otro coche que tendió una larga escalera para que los vecinos del segundo piso pudieran salvarse".

"Aparecieron de nuevo los bomberos, que ayudaron a los que estaban en peligro. Primero pasó la señora, luego una niña, un viejo y un hombre. Los demás habían podido bajar por la escalera gracias a un boquete que los bomberos abrieron".

"A medida que iban saliendo, la multitud vitoreaba entusiasmada, pero cuando salió de la oscuridad y las llamas el hombre valiente que arrastró a los demás en la difícil empresa, el que había salvado a la señora con riesgo de su vida, le aplaudió la gente llena de admiración y gratitud, y su nombre, José Robino, estaba en los labios de todos. Ésta es la voz del corazón, que no atiende a razones y va derecho, sin vacilación, a donde hay semejantes tuyos en peligro." "¿Te gustaría conocer a José Robino?" Yo le dije que sí, y entonces, él, mostrándome a un bombero de los que estaban en casa, me dijo. "Helo aquí, estrecha su mano". El cabo Robino, sonriendo, me la estrechó.

El cuento de este mes se titula: "De los Apeninos a los Andes". Hace muchos años, un chico genovés de trece años se fue solo a América para buscar a su madre. La buena mujer se había marchado dos años antes a Buenos Aires, a servir en casa de una familia rica, para volver, pasado poco tiempo, con dinero y sacar adelante a la familia, que estaba llena de deudas. Bastantes mujeres toman esta decisión por los altos salarios que allí tienen las gentes que se dedican a servir, y al cabo de pocos años vuelven a su patria con un dinero.

La madre había llorado de angustia al separarse de sus dos hijos, uno de dieciocho años y otro de once, pero pensó que volvería muy pronto, en cuanto tuviera lo suficiente para pagar las deudas. El viaje fue bueno; en cuanto llegó a Buenos Aires encontró colocación gracias a un negociante genovés primo de su marido, que estaba allí desde hacía tiempo.

La familia donde entró le daba un buen sueldo y la trataba bien, y durante un año mantuvo una correspondencia regular con los suyos a través del primo. Como no gastaba nada, la mujer podía mandar cada tres meses una buena cantidad de dinero, con la que le marido podía ir saldando las deudas, y trabajando él mantenía a sus hijos. Mas todos tenían deseos de que volviera, pues el hogar parecía vacío sin ella.

Después de pasar un año desde su marcha, recibieron una carta en la que decía que se hallaba algo enferma, y ya no recibieron ninguna más. Escribieron al primo, pero éste tampoco contestaba; escribieron al fin a la embajada de Italia en Argentina y ésta, después de tres meses, dijo que nadie había aparecido a pesar de las pesquisas que se habían realizado.

Pasaron otros meses y padre e hijos estaban consternados. Pensó el padre en irse a América a buscar a su mujer, pero ¿quién mantendría a los hijos entretanto? Tampoco podía marchar el hijo mayor, pues estaba empezando a ganar dinero, que era necesario. Sólo quedaba Marcos, el pequeño. Y éste le comunicó a su padre que quería ir a América.

El padre no quería, pero al fin se dio cuenta de que Marcos era un muchacho juicioso y que era la única solución para tener noticias de su mujer. Le dieron un poco de dinero, algo de ropa en una maleta, una carta con las señas del tío y las de la casa donde servía su madre, y le despidieron.

Marcos estaba lleno de ánimos, pero cuando vio a su querida Génova desaparecer en el horizonte, su corazón se encogió y permaneció durante varios días en un rincón de la cubierta, solo, casi sin comer.

El viaje duró veintisiete días, y a Marcos le parecía que ya había transcurrido un año desde que embarcó. Soñaba cada noche con su madre, que llegaba a Buenos Aires, y que veía a su tío y luego entraba en una habitación donde yacía su madre muerta. Siempre soñaba lo mismo.

Al llegar al puerto, preguntó al primer hombre que pasaba, que por suerte resultó

ser un obrero italiano. Éste le dijo: "¿Sabes leer?"; Marcos asintió. "Pues bien, sube por esta calle y ve leyendo en todas las esquinas el nombre de las calles que cruces. Ya la encontrarás". El muchacho le dio las gracias y comenzó a subir por la calle. Era larga y estrecha.

A derecha e izquierda veía otras calles todas muy derechas, llenas también de gente y de casitas bajas. La ciudad le parecía enormemente grande, y le daba la impresión de que podría pasarse meses y años viendo calles como aquellas.

Al fin llegó a la calle de las Artes, que es donde vivía su tío; llegó corriendo al número 175, y allí encontró una tienda, entró y preguntó procurando parecer sereno: "¿Está el señor Francisco Merelo?" Una mujer le dijo que había muerto hacía unos meses. Los negocios le fueron mal y se había marchado a Bahía Blanca, y allí murió al poco tiempo. Marcos se quedó muy triste, y enseguida preguntó: "Estoy buscando a mi madre, que servía en casa de los señores Mequínez. Mi tío le daba las cartas. ¿Sabe usted dónde viven estos señores?"

"Espera un momento, que yo no sé nada, pero aquí está todavía el chico que hacía los recados a tu tío; puede que él lo sepa". Marcos le suplicó que le acompañase, y ambos salieron apresuradamente. Al genovés le latía el corazón. ¡Pronto iba a ver a su madre! ¿Sería posible?

Al llegar al final de la calle, entraron en una casa. El hombre que les abrió la puerta les dijo que el señor Mequínez se había ido a Córdoba con su familia y la servidumbre. "Pues me voy a Córdoba inmediatamente", dijo el niño.

El señor le explicó que Córdoba se hallaba a mil leguas de allí, pero decidió ayudarle. Le dio una carta de presentación para un señor que vivía en Boca, una ciudad a dos horas de allí, para que éste le ayudase a llegar a Córdoba. Luego le dio un poco de dinero.

Marcos salió enseguida hacia Boca, donde un señor genovés, amigo del de Buenos Aires, le embarcó en un vapor que hacía una travesía por el Paraná, hasta Rosario. El viaje duró varios días, y el chico se sentía muy solo en aquel país, pasando por sitios totalmente diferentes a su Italia natal.

Al llegar a Rosario le pareció estar en un sitio conocido; era muy parecido a Buenos Aires; las calles eran largas, estrechas y blancas, y muy bien trazadas.

Una voz le preguntó: "¿Qué te ocurre, muchacho?" Él levantó los ojos y se encontró con un viejo italiano que había hecho el viaje desde Génova con él. "Por favor, señor. Búsqieme un trabajo. Haré lo que sea. Necesito dinero para irme a Córdoba a ver a mi madre. No tengo a nadie, Búsqieme un trabajo". "Veamos, veamos. ¿Trabajar dices? ¿No vamos a encontrar algún dinero entre tantos compatriotas?" Y juntos fueron a un bar de las afueras llamado "La Estrella de Italia"; allí estaban muchos italianos. El amigo del muchacho se subió sobre una mesa y contó la historia; todos los presentes se emocionaron y acariciaron al chico, diciendo: "Es un valiente". "Es italiano". Y al final reunió cuarenta y dos monedas.

A la mañana siguiente se encontraba en el ferrocarril camino de Córdoba. El viaje iba a durar muchas horas. A ratos se dormía y tenía siniestros sueños: que llegaba a Córdoba, e iba llamando de puerta en puerta, y en todas le decían: "No, tu madre no está aquí".

Cuando llegaron a Córdoba, Marcos saltó del tren con la ilusión de nuevo en el corazón. Preguntó enseguida en la estación dónde vivía el ingeniero Mequínez. Le indicaron una calle, al lado de la iglesia, y hacia allí se dirigió.

Llamó a la puerta y le abrió una vieja con un candil. "¿Tú también preguntas por el ingeniero? Hace tres meses que se fue a vivir a Tucumán". El niño se sentó abatido: "Me persigue la mala suerte. Vengo desde Buenos Aires buscando a mi madre. ¿Está muy lejos Tucumán?" La vieja se compadeció de él: "Está lo menos a cuatrocientas o quinientas leguas. ¿Tienes dinero? Pues entonces, vete a la tienda de la esquina; allí vive un hombre que va mañana hacia Tucumán con sus carretas y bueyes; puede que te lleve si le ofreces tus servicios". Y así fue.

A las cuatro de la mañana se puso el convoy en marcha. Consistía en varios carros

de mercancía, arrastrados por seis bueyes. Marcos iba a buscar agua, cuidaba a los animales, encendía el fuego para el asado, y servía un poco para todo. El camino se hacía muy lento por el paso de los bueyes.

Cuando llegaron a una bifurcación, el capataz le dijo que ellos se dirigían a Santiago, y que él, para llegar a Tucumán tendría que andar tres días a través de los Andes. Le arregló bien la mochila y le dio provisiones; luego partieron.

En cuanto Marcos se vio de nuevo solo se sintió triste. ¿Volvería a ver a su madre? Las noches eran terribles en el bosque, pues sentía verdadero terror. Pensaba cuánto sufriría su madre si supiera lo mal que él lo estaba pasando.

Mientras Marcos pensaba en ella, a pocas millas de Tucumán, la madre yacía en el lecho desde hacía quince días. Se puso un poco mala en Buenos Aires, y no estaba recuperada del todo cuando los señores Mequínez tuvieron que irse, primero a Córdoba y luego a Tucumán.

Las preocupaciones pensando en su marido y en sus hijos; las noticias que no recibía, pues ignoraba la muerte del primo, le hacían temer una desgracia, y su estado empeoraba de día en día. Al final se presentó una grave enfermedad: una hernia intestinal estrangulada, y era necesario realizar una operación quirúrgica. En vano sus señores habían hecho venir al mejor médico de Tucumán para que la operase; la mujer quería morir, decía que estaba demasiado débil.

Los señores permanecían a su lado tratando de convencerla. ¡Pobre mujer! ¡Tan buena y honrada! ¡Lejos de su patria, sin sus hijos ni su marido! ¡Y para morir!

Marcos llegó a Tucumán y allí le indicaron dónde vivía el ingeniero. Tenía una casa a unas pocas millas de allí en una refinería de azúcar; Marcos, sin pensar en descansar a pesar del agotamiento tan grande que sentía, emprendió el camino de nuevo. Llegó a la refinería cansado, con los pies sangrando, pero esperando ver a su madre por fin.

Entre tanto, la mujer decía al doctor: "Doctor, señores, agradezco profundamente lo que quieren hacer por mí; yo tengo valor para morir, pero no para sufrir inútilmente en la operación. Escriban a mis hijos, díganles que su madre les quiso hasta el último momento. Que tuvo valor y resignación. ¡Mi pobre Marcos! ¿Dónde estará? ¡Cuánto me quería!" El médico le repitió una y otra vez que la operación, si bien dolorosa, no ofrecía ningún peligro, y que la curación era segura. Pero la mujer sólo quería morir.

Entonces entró el ama, sofocadísima, diciendo: "Josefa, prepárese para recibir una buena noticia; hay alguien que ha venido a verla. Prepárese para ver a alguien a quien quiere mucho. ¿Está bien, Josefa?" La mujer se incorporó en la cama y miró hacia la puerta con ojos desorbitados. Entonces entró Marcos, cubierto de polvo. Entre ambos se cruzó una mirada indescriptible. Marcos abrazó a su madre, que reía y lloraba a la vez: "¡Marcos! ¡Mi Marcos! ¿Eres tú? ¿Cómo has venido? ¿Estás solo? ¿No estarás enfermo? ¿Estáis todos bien? Doctor, quiero curarme. Opéreme enseguida. Lléveme a Marcos para que no sufra. Dame otro beso, cariño mío. Hasta ahora mismo. Nos iremos los dos a Génova".

Poco después, el señor Mequínez explicó a Marcos que estaban practicando a su madre una operación sin importancia. Cuando volvió el doctor, dijo: "Tu madre se ha salvado". El muchacho se arrodilló a sus pies, diciendo: "Gracias, gracias". El médico le levantó y dijo: "No, querido niño; has sido tú, con tu presencia, quien ha salvado a tu madre".

Miércoles 24.- Quedan sólo veintiséis días de clase y se respira ya el ambiente de exámenes y vacaciones.

Ahora da gusto salir a la calle después de clase, ¡qué diferente a los meses anteriores está todo! Ahora hay flores, todo está verde y las niñas llevan vestidos de colores.

Domingo 28.- No podía terminar mejor el mes que con la visita que hemos recibido esta mañana. Se trata de nuestro antiguo jardinero en Chieri. Acababa de llegar a la ciudad después de tres años de ausencia. Había estado trabajando en Grecia. Estaba un poco envejecido, pero parecía contento. Venía para llevarse a su hija Luisa, que estaba en un colegio para sordomudos. Mi padre y yo le acompañamos hasta el Instituto.

Al verse, padre e hija se abrazaron. El hombre la miraba: "Cuánto has crecido, mi pobre mudita. ¿Qué tal está, profesora? Dígale que me haga algo con signos, que algo entenderé y poco a poco iré comprendiendo". La profesora se inclinó hacia la niña y le dijo: "¿Quién es este señor que ha venido a verte?" Y la pequeña, con voz gruesa y extraña, contestó: "Es mi padre". El hombre se quedó sorprendido: "Pero, ¡hija mía! ¿Eres tú quién ha hablado? ¿Pero no era muda? ¡Esto es un milagro, Dios mío! ¿No habla con gestos, señora?". "No, señor, eso era en el método antiguo, ahora ella lee las palabras en los movimientos de los labios, y puede hablar porque le hemos enseñado cómo debe disponer la garganta, los labios y la lengua para poder pronunciar".

Nuestro amigo se agachó y dijo al oído de la niña: "¿Estás contenta de que tu padre haya vuelto?" La niña no respondió. La maestra se echó a reír e indicó al padre que le hablara frente a su cara. En cuanto le hizo la pregunta, Luisa contestó: "Sí, estoy muy contenta de que hayas vuelto, y de que no te vayas nunca más". El padre reía y lloraba al mismo tiempo.

La profesora le explicó que después de dos años más de entrenamiento estaría preparada para trabajar en algún sitio. Aprendió ya a leer, a escribir, a contar, y sabía algo de Historia y de Geografía. Muchos sordomudos estaban trabajando en tiendas y lo hacían muy bien, como cualquier otra persona. El padre estaba que no cabía en sí de gozo, y quería llevarse a su hija a pasear por Turín, para que la vieran sus amigos, y se sentía orgulloso de ella.

Junio

Sábado 3.- "Hijo mío: Hoy es día de luto nacional. Ayer murió Garibaldi. ¿Sabes tú quién era? Es el que liberó a diez millones de italianos de la dominación de los Borbones en Italia. Nació en Niza y era un capitán de barco".

"Entró en combate cuarenta veces y salió vencedor treinta y siete. Despreciaba a los opresores y adoraba a Italia. Todo el mundo llora su muerte. Tu padre".

Domingo 11.- Hoy hemos ido a la plaza del Castillo, donde se celebra un desfile en conmemoración de la fiesta nacional, que se ha retrasado por la muerte de Garibaldi.

Mi padre me dijo: "Cuando veas un desfile, piensa también en cuántos han quedado en los campos de batalla. Si todos cumpliéramos como buenos cristianos se evitarían los horrores de las guerras".

Martes 13.- "Querido hijo: Ama a Italia; en este lugar nacieron tus antepasados; y tú naciste y te has criado aquí".

"Saluda a tu patria diciendo: Estoy orgulloso de haber nacido aquí y de llamarme hijo de Italia. Amo también tus mares, surcados durante siglos por naves de cultura; amo los Alpes; amo tus hermosas ciudades: Roma, Turín, Venecia, Milán, Génova, Palermo, Nápoles. Te amo, patria mía, y te juro que querré siempre a todos los italianos, a todos los hermanos que han salido del mismo suelo, de la misma sangre que yo. Seré bueno y justo toda mi vida, para que tú seas ennoblecida a través de mis actos. Y aunque llegue el día en que deba dar mi sangre por ti, la ofreceré gustoso para librarte de la injusticia y del deshonor. Beso la bandera de Italia. Tu padre".

Viernes 16.- Ya estamos en pleno verano. Y cuesta un enorme esfuerzo estudiar e ir a la escuela. Nelle, que soporta muy mal el calor, se queda dormido varias veces en su pupitre; suerte que Garrón se preocupa de ponerle un libro delante para que el maestro no le vea.

Deroso está contento como de costumbre y mantiene despiertos y atentos a los que se encuentran a su lado; también Estardo aprieta los puños y se pincha los labios para no dormirse.

Pero el más valiente es Coreta. Se levanta a las cinco de la mañana, está rendido. Pero se sacude cachetes, dice a los que están a su lado que le pellizquen para que no se duerma.

Esta mañana se ha dormido; el profesor, al verle, le ha llamado: "¡Coreta!", pero no ha respondido; ha vuelto a repetir: "¡Coreta!", e iba a levantarse irritado, cuando el hijo del carbonero se levantó y dijo: "Es que esta mañana he estado descargando madera desde las cinco hasta las siete"; entonces, el profesor siguió explicando la lección y le dejó dormir.

Sábado 17.- Mi madre me ha escrito hoy esta carta: "Mi querido Enrique: Estoy segura de que ni tu compañero Garrón ni Coreta hubieran respondido a su padre en la forma que tú lo hiciste hoy".

"¿Cómo es posible? Tienes que jurarme que nunca más lo vas a hacer mientras yo viva. Piensa que cuando te regaña es por tu bien, para formarte, para hacer de ti un hombre. Entonces comprenderás que cuando te regañaba sufría más que tú; debes saber que en ciertos momentos, debido al cansancio que siente por haber trabajado mucho, se cree que pronto va a morir, y en esos momentos no habla más que de ti, pues su mayor pena sería dejarte pobre y sin protección".

"Piensa, entonces, en lo doloroso que debe resultarle que en vez de encontrar en ti afecto, encuentre frialdad y descontento. Nunca podrás recompensarle de lo que ha hecho por ti. Anda, ve de puntillas a su despacho. Allí está trabajando, entra despacito y pídele perdón. Tu madre".

Lunes 19.- Mi padre me perdonó y me dejó ir con Coreta, padre e hijo, a la excursión que teníamos planeada para el domingo. Todos teníamos necesidad de aire saludable.

A las dos, nos encontramos en la plaza de la Constitución, Deroso, Garofi, Garrón, Precusa, Coreta con su padre y yo. Llevábamos nuestras provisiones de huevos duros, fruta, salchichón y vasitos y platos.

Ya en el campo, mis compañeros y yo dábamos volteretas y reíamos mucho, mientras Coreta padre, con la chaqueta al hombro, nos miraba sonriente. Precusa se puso a silbar, nunca le habíamos oído hacerlo; Coreta hijo sabe hacer de todo; con su navajita corta trozos de corteza de árbol y esculpe figurillas muy graciosas. Deroso se detenía a cada paso para decirnos los nombres de las plantas y los insectos.

Precusa, al subir a un árbol, se hizo un desgarrón en la blusa. Por suerte Garofi siempre anda con alfileres y se lo arregló de modo que apenas se notaba; entretanto, él aprovechaba el tiempo; cogía hierbas para ensalada, caracoles, y todas las piedras que brillaban y se encontraba a su paso.

Llegó la hora de comer; todos nos moríamos de hambre. El padre de Coreta preparó la comida. Cortó salchichón y nos lo presentó en hojas de calabaza; el pan parecía que se evaporaba, y bebimos de la cantimplora.

Nosotros hablábamos a un tiempo de los profesores, de los exámenes, de los compañeros que no habían podido venir. Entonces, Coreta padre dijo: "Sí, ahora estáis todos muy contentos juntos, pero dentro de unos años las cosas habrán cambiado. Enrique y Deroso serán abogados o algo así, y vosotros, uno carbonero, otro albañil, o qué se yo. Y se acabó la amistad". Entonces, Deroso protestó energicamente: "¡Ah, no! Para mí, Garrón siempre será Garrón, y Precusa, y todos,

y donde ellos estén, allí estaré yo". El padre de Coreta se emocionó, diciendo: "¡Muy bien! ¡Así se habla! ¡Vivan los buenos compañeros y el colegio, donde están todos juntos, los que tienen y los que no tienen!".

Domingo 25.- Ayer fuimos unos cuantos de mi curso a ver el reparto de premios de la escuela de adultos. El Ayuntamiento estaba adornado como el 14 de marzo, y allí había muchos hombres vestidos con trajes de trabajo que iban a recibir sus diplomas. Estaban sus mujeres y sus hijos en el patio de butacas, y los más pequeñuelos, cuando su padre subía al escenario, le llamaban agitando sus manecitas.

Vi al padre del albañilito, muy limpio y arreglado, que recibió el segundo premio, y a su hijo en el patio de butacas, que ponía el hocico de liebre para disimular su emoción.

Unos atronadores aplausos resonaron cuando el alcalde dio un diploma a un muchachito deshollinador, que iba limpio, pero con el traje de trabajo; luego pasó un barrendero y más tarde un cocinero.

Yo sentía no sé qué en el corazón al ver a aquellos hombres, que habían estado estudiando durante todo el curso, después del trabajo. La mayoría padres de familia, con sus preocupaciones de todo tipo, y que querían instruirse.

Martes 27.-Mientras yo estaba en el reparto de premios, mi pobre profesora murió. El director vino ayer por la mañana para darnos la noticia: "Los que fuisteis alumnos suyos, recordaréis cuánto os quiso, y el cuidado que tenía para con todos. Una enfermedad venía consumiéndola desde hacía tiempo. El sábado por la mañana se despidió de los alumnos, dándoles un beso y aconsejándoles a todos, con la seguridad de que no volvería a verles. Ayer murió, rezad por ella".

Precusa, que había sido alumno suyo en primero, agachó la cabeza y se puso a llorar. Ayer por la tarde fuimos todo el colegio en pleno a despedir a nuestra profesora. Estaban los niños de su clase, con velas en las manos; las niñas con ramilletes de flores que le echaban sobre el féretro, el director y todos los profesores.

Miércoles 28.- Pasado mañana iremos a clase para oír el último cuento del curso; luego, el primero de julio serán los exámenes. Reflexiono acerca de lo que sabía en octubre, y me doy cuenta de que sé bastantes cosas más ahora; soy capaz de decir y escribir mejor lo que pienso y llegaría a sacar cuentas difíciles que quizá mucha gente mayor no sabría descifrar. ¡He pasado cuarto curso ya! Estoy contento, pero la verdad es que muchos me han ayudado a salir adelante.

Tengo que dar las gracias a mi profesor, a quien debo todo lo nuevo que he aprendido; también a Deroso, por su ejemplo y sus explicaciones cuando no entendía algo; a Estardo, que me ha mostrado una voluntad de hierro; a Garrón, tan bueno y generoso; a Coreta y Precusa, trabajadores y estudiosos.

Pero sobre todo doy gracias a mi padre, a mi mejor amigo, que tantos consejos me ha dado, sin cansarse nunca de su hijo; que ha procurado hacerme fácil el estudio. Y a mi madre, que siempre me ha alentado y me ha querido, y me ha ayudado en todo momento; cuando estaba cansado por estudiar, cuando me acariciaba para darme ánimos, cuando lloraba por mí cuando estaba enfermo. Gracias, madre, por tu amor.

Y éste es el último cuento; se llama: "Naufragio".

Hace mucho tiempo, zarpaba, cierta mañana, de Liverpool un buque que llevaba a bordo más de doscientas personas; entre ellas, setenta hombres que pertenecían a la tripulación.

Casi todos los marineros y el capitán eran ingleses. A bordo se encontraban algunos italianos. El buque se dirigía a la isla de Malta, y el tiempo no era bueno.

Entre los viajeros de tercera clase estaba un chico italiano, de unos doce años,

moreno y robusto, siciliano, que llevaba una pequeña maleta que constituía todo su equipaje.

Tenía cara de niño y expresión de hombre, como si en su familia o en su persona acabara de ocurrir una gran desgracia. Una muchacha italiana, de su misma edad, viajaba sola en el barco, y pronto entablaron amistad. La chica se dirigía a Malta para unirse con su padre y su madre, que un año antes le habían dejado marchar a Londres con una tía viuda, confiando en la herencia; pero la mujer había muerto hacía pocos días sin dejar un céntimo y la chica tuvo que recurrir al cónsul de Italia para que la embarcara de vuelta a casa.

El chico contó que no tenía familia, y que también tuvo que recurrir al cónsul para poder volver a su país; su padre había muerto hacía pocos días en Liverpool.

"En mi casa esperaban que volviera rica, y vuelvo más pobre que antes, pero mis padres me quieren, y a mis hermanos yo les hacía la ropa. Se pondrán contentos al verme de nuevo. ¿Y a ti? ¿Te espera alguien?" El chico contestó: "Yo iré a vivir con unos parientes. No sé cómo me recibirán". El tiempo se ponía cada vez peor. El chico llevaba pasas y la muchacha bizcochos y se los comieron en paz.

Era ya de noche; muchos pasajeros comenzaban a inquietarse por el mal estado del mar. De pronto, un golpe de agua tiró al suelo a Mario, y le lanzó contra un banco, haciéndole una herida en la frente. La muchacha comenzó a pedir auxilio, ayudando a Mario a levantarse. Los pasajeros, escapaban hacia abajo sin hacer caso de los dos niños.

Recuperado el chico, bajaron cada uno a su camarote; la tempestad fue en aumento y, de pronto, como un golpe inesperado, la plataforma que cubría la máquina se rompió y los fuegos se apagaron. Los maquinistas huyeron asustados y el barco comenzó a hundirse.

Los viajeros gritaban al capitán: "¡Sálvenos, por favor! ¡Haga algo!" Intentaron bajar unos botes al mar, pero el temporal era terrible y casi no se podían realizar maniobras. El barco comenzaba a hundirse.

Pronto el mar amainó un poco y pudieron lanzar la última lancha, en la que iban siete tripulantes y tres pasajeros. Todavía quedaba un sitio en ella, y pedían a gritos que fuera una mujer. Pero todas estaban desmayadas y como muertas. Una iba a lanzarse, pero al ver la tremenda altura no tuvo valor para ello. Luego gritaron pidiendo un muchacho que pesara poco.

Varios hombres se precipitaron hacia el borde del buque, pero el capitán cogió a Mario por un brazo y lo empujó hasta la parte superior. La muchacha miró a Mario con los ojos desorbitados.

Siguieron unos momentos de angustia y silencio. Desde la barca reclamaban: "Que salte un muchacho, el más pequeño, que vamos muy cargados. Nos vamos ya".

Entonces, en un arranque generoso, Mario agarró a la chica por un brazo y dijo: "Ella es más ligera que yo. Anda, tú tienes padres y hermanos que te esperan; yo no tengo a nadie", y cogiéndola por la cintura, la lanzó hacia la lancha.

La muchacha cayó lanzando un grito, un marinero la recogió del agua y la subió a la barca. Poco después, la lancha se alejaba rápidamente para no ser arrastrada por el remolino que produciría el barco al hundirse.

Al cabo de unos minutos, el barco desapareció; sólo quedaron en la chalupa los pocos que se habían salvado, rezando a Dios con todo fervor por las almas de los que habían muerto.

Julio

Sábado 1. - "Enrique: El año ha terminado y me gusta que te quede en la mente el último retrato del muchacho que dio la vida por su amiga. Tú también vas a separarte ahora de tus compañeros, pero no por tres meses de vacaciones, sino para siempre. Ahora cada uno seguirá un camino distinto en la vida".

"Ya sabes que tu padre, por motivos de negocios, tiene que marcharse a Turín, y

nosotros con él. Tendrás que ir a otro nuevo colegio. Esto en principio yo sé que te disgusta, porque no es fácil dejar una escuela a la que se ha asistido durante cuatro años, donde has visto a tantos compañeros".

"Has tenido la suerte de encontrarte en tu clase con muchachos buenos, y con verdaderos amigos; no dejes que esa amistad se rompa aunque vayas a vivir a otra ciudad. Escribe a todos lo que puedas, para saber qué es de sus vidas, si son felices o desgraciados, y ofrece tu ayuda en todo momento".

"Tú ámalos a todos y ofréceles tu corazón el último día de clase, porque el colegio es como una madre. El colegio me alejó de ti hace unos años, y ahora vuelves más culto, inteligente, bueno y aplicado. ¡Bendito sea! Tu madre".

Martes 4. - Ya estamos en plenos exámenes. Por las calles que rodean el colegio no se oye hablar de otra cosa.

Las madres, cuando entramos en clase, nos dicen: "¡Cuidado! A hacerlo despacito. ¡Ánimo!" A nosotros nos examinó el profesor Coato, aquel de la barba negra.

Cuando rasgó el sobre que contenía el tema del examen, no se oía ni una mosca. Tras una hora de trabajo, algunos alumnos comenzaron a desesperarse. Crosi se daba golpes en la frente; algunos no tenían la culpa de no saber, porque no habían tenido tiempo de estudiar y sus padres no se ocuparon bien de ellos.

Pero Deroso trataba de ayudar a todos, pasaba las operaciones, una cifra. También Garrón, que estaba fuerte en Matemáticas, ayudaba al que podía. Estando se quedó más de una hora mirando el problema, con los puños apretados en las sienes; y luego lo resolvió en pocos minutos.

A la salida estaban las madres esperándonos y abrumándonos con sus preguntas. Ahora sólo falta el ejercicio oral.

Viernes 7. - Esta mañana fue el último examen. A las ocho estábamos todos en la clase. En una mesa dispuesta para ello en el estrado y cubierta con un tapete verde se sentaron el director y cuatro profesores más. El nuestro estaba nervioso como nosotros y no nos quitaba la vista de encima.

Yo fui de los primeros en ser llamado. Nos miraba y nos aconsejaba con la vista, como diciendo: "¡Calma, calma! Esto lo sabes, piensa un poco". Cuando uno dudaba se movía inquieto, y no paraba de hacernos gestos para ayudarnos.

Cuando terminé el examen, los profesores me dijeron: "Está bien; ve con Dios". Yo fui a sentarme al final, al lado de Garrón, que también había terminado ya. Nadie sabía en mi curso que no iba a continuar el año próximo en el colegio porque me iba a Turín, pero alguna vez tenía que decirlo. Se lo dije a Garrón. "¿Y no seguirás con nosotros el próximo curso?" Le dije que no. "Pero, ¿te acordarás de nosotros?"

Yo le contesté con fuerza: "¡Claro que sí, Garrón! ¡Cómo no voy a acordarme de mis compañeros? Y sobre todo de ti, que eres tan bueno. ¿Quién podría olvidarse de ti después de haberte conocido?" Nos estrechamos la mano fuertemente, y al poco rato salió el profesor diciendo que todos habíamos salido bien hasta el momento; parecía muy contento.

¡Nuestro querido profesor! Espero verle dentro de muchos años, cuando yo sea un hombre y él sea viejo, para hablarle de aquellos tiempos.

Lunes 10. - Ayer por la tarde nos reunimos todos para saber las calificaciones definitivas. Estaban en el aula todos los padres y madres de mis compañeros. Llegó el momento, y el director leía en alta voz las calificaciones obtenidas. Cuando llegó el turno a Deroso dijo: "Deroso, sobresaliente con el primer premio". Todos los padres que le conocían le aplaudían, y él movía sus rizos rubios y sonreía complacido. Estando obtuvo notable; Nelle, un bien; Crosi, el albañilito, y Garrón, aprobados. Sólo hubo tres o cuatro suspensos.

Votino fue el último en recibir la nota y fue a recogerla tan elegante como siempre. Terminada la lista, el profesor se levantó y: "Amigos míos; ésta es la última vez del

año que nos encontramos reunidos. Hemos estado juntos nueve meses, y ahora tenemos que separarnos. Si alguna vez he sido injusto con vosotros, ¡perdonadme!" Todos los chicos gritamos a un tiempo: "¡No, no!" Luego prosiguió: "Aunque no sigáis en mi clase, no dejéis de quererme y de venir a verme alguna vez el año próximo. Vosotros estaréis siempre en mi corazón. ¡Hasta pronto, muchachos! Siento separarme de vosotros..." Un montón de aplausos sonaron para nuestro profesor.

A la salida, muchos le cogían de los brazos y se despedían, diciendo: "Adiós, señor profesor; hasta la vista. ¡Que se acuerde de nosotros!", y recibió cincuenta abrazos y besos. Se veía que estaba un poco emocionado. Luego salimos en pelotón, allí nos reuníamos con los otros chicos y chicas.

Todo era una confusión. Una profesora estaba completamente cubierta de ramilletes de flores que sus pequeñas alumnas le iban obsequiando en señal de despedida, y en todos los rincones se oía: "¡Adiós! ¡Adiós! ¡Buenas vacaciones!" En aquellos momentos quedaban olvidados todos los disgustos y malentendidos del curso. Votino, que siempre tuvo tantos celos de Deroso, fue el primero en correr a su lado para darle un abrazo y felicitarle por su nota.

El último abrazo que di fue al albañilito; saludé a Precusa, luego a Garofi. Repartí apretones de mano a diestro y siniestro. Era digno de lástima ver a Nelle agarrándose al buen Garrón, y no quería soltarle para no separarse nunca de él. Todos le queremos tanto que le abrazábamos y nos dábamos besos.

Su padre estaba allí y miraba contento y conmovido cuánto querían todos a su hijo. Mis padres también estaban esperándome. Cuando abracé a Garrón solté un sollozo y él me besó. También a mí me daba muchísima pena separarme de él.

Corrí luego hacia mis padres. Sentía un no sé qué angustioso porque no iba a volver a ver nunca más a mis compañeros de este curso. Nos íbamos a otra ciudad. Mi padre me dijo: "¿Te has despedido de todos?" Yo contesté afirmativamente.

"¿Hay alguno con el que no te hayas portado bien en cualquier ocasión? Si así es, ve a pedirle disculpas". Yo le dije que no, que no había nadie, y entonces mi padre, mirando lentamente hacia el colegio, murmuró: "¡Adiós, colegio, adiós!" Mi madre repitió: "¡Adiós!"

Y yo... no pude decir nada. Fin